

ΘΗ ΣΥΜΜΙΚΤΑ ΚΑΙ ΒΑΡΒΑΡΑ
**MERCENARIOS, REBELDES Y DEGRADACIÓN HUMANA
EN EL RELATO POLIBIANO DE LA GUERRA LÍBICA**

Julián Pelegrín Campo
Universidad de Zaragoza

I

Recientemente hemos analizado la noción de barbarie en la obra de Polibio y comprobado cómo, a pesar de que el ascenso de potencias no helénicas como Cartago y Roma y sobre todo el protagonismo fundamental de esta última devalúan la polaridad tradicional griegos-bárbaros en las *Historias*, sin embargo la nítida diferenciación que el autor establece entre los mercenarios griegos y los de origen bárbaro en lo relativo a la terminología utilizada para referirse a ellos y a la actividad que desempeñan, pero especialmente en el tratamiento que concede a unos y otros, traduce la aplicación de dicha polaridad en el ámbito del mercenariado en un marco geográfico ajeno al espacio helénico tradicional: si por un lado las denominaciones comunes de μισθοφόροι, ξένοι y sus respectivos derivados quedan reservadas para los mercenarios griegos, por otro observamos cómo en Grecia, junto al reducido protagonismo de los mercenarios bárbaros, la valoración de los de origen griego depende de la simpatía o el rechazo que en Polibio despierta el poder helénico a cuyo servicio se hallan, mientras que más allá de dicho marco es el origen griego o bárbaro de

los combatientes a sueldo el que determina el juicio que el autor proyecta sobre ellos¹.

La excepción que en el plano terminológico representan los mercenarios bárbaros de Cartago –los únicos designados con las mencionadas denominaciones– debe ser entendida de acuerdo con la particular visión polibiana de las tropas púnicas como paradigma de ejército mercenario, pero no por ello escapan a la valoración negativa de nuestro autor. Es más, las *Historias* constituyen nuestra principal fuente de información acerca del caso más importante de amotinamiento de mercenarios no sólo de la historia de Cartago sino de toda la Antigüedad, la denominada Guerra Líbica o de los Mercenarios². A tal extremo llega en la narración de dicho conflicto el juicio crítico sobre este tipo de tropas que en ella se ha querido ver la aplicación de un modelo exegetico presente en toda la obra, en función del cual el autor habría construido a partir de la polaridad tradicional una nueva que enfrentaría a tropas ciudadanas y tropas mercenarias hasta identificar genéricamente mercenariado y barbarie y elaborar en consecuencia una imagen del mercenario caracterizada con los rasgos que definen al bárbaro y cuya violencia y desenfreno innatos explicarían por sí mismos en última instancia el estallido y posterior desarrollo del conflicto³. Sin embargo, el carácter genérico de este modelo antimercenario

¹ J. Pelegrín Campo, «Tradición e innovación en la imagen polibiana del bárbaro», *Caesaraugusta* (en prensa [a]); *Id.*, «La representación de los mercenarios en las *Historias* de Polibio», *Veleia* (en prensa [b]).

² El conflicto ha sido estudiado recientemente por L. Loreto, *La grande insurrezione libica contro Cartagine del 241-237 a.C. Una storia politica e militare*, Roma 1995, y J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*, Alcalá de Henares 1996. Polibio le adjudica una duración de tres años y cuatro meses (I 88, 7), pero sus límites cronológicos exactos continúan siendo objeto de discusión entre los diversos autores según se sitúe su inicio a finales de 241 (G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, III.1, Florencia 1970 [1916], 385; Loreto, *op. cit.*, 211-212) o principios de 240 (F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius I*, Oxford 1970 [1957], 148-149; P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, París 1964, 487; Gómez de Caso, *op. cit.*, 202-206) [Nota: Todas las fechas deben ubicarse antes de Cristo si no se indica lo contrario].

³ Loreto, *op. cit.*, 9-16. Este autor considera que «los mercenarios son para Polibio *a priori* bárbaros» y afirma que el historiador habría procedido de un modo no inductivo sino deductivo, analizando desde la perspectiva de la polaridad civilización-barbarie las acciones de los mercenarios en lugar de partir de éstas para elaborar la imagen negativa de aquéllos, *ibid.*, 9-10, n. 16.

queda refutado en el marco general de las *Historias* por el tratamiento positivo que Polibio concede a los mercenarios griegos –dentro de Grecia en función de sus propias inclinaciones políticas y fuera de ella como consecuencia del origen helénico de aquéllos– y en el ámbito concreto de la Guerra Líbia por la ausencia de menciones referidas a ellos cuando todo indica que en mayor o menor medida habrían intervenido en el conflicto. Además, el retrato abiertamente negativo de los sublevados no se refiere en exclusiva a los mercenarios como tales, sino que constituye una elaboración muy particular de los caracteres que tradicionalmente habían definido al bárbaro destinada a satanizar a los protagonistas de un episodio excepcional que a los ojos de nuestro autor combina una doble aversión personal: la que experimenta en tanto que soldado y ciudadano hacia un motín de tropas mercenarias, y como miembro de una aristocracia dirigente marcadamente conservadora frente a la rebelión de una masa de súbditos contra el poder que les gobierna⁴.

II

La narración polibiana se desarrolla al final del libro I de las *Historias*, entre los capítulos 65 y 88, lo que representa una cuarta parte del mismo. Se trata, pues, de un texto relativamente extenso, íntegramente conservado y que figura asimismo en la parte de la obra que ha llegado completa hasta nosotros, lo que proporciona una visión global de los acontecimientos y a la vez permite extraer conclusiones dotadas de un mayor grado de fiabilidad.

A la hora de identificar al autor de la fuente utilizada por Polibio, F. W. Walbank reconoce que sólo cabe hacer conjeturas y se limita a describirlo como «un historiador militar, bastante menos competente que Filino pero que comparte su entusiasmo por la familia Barca, y hostil a los mercenarios»⁵. Ciertamente todos los autores coinciden en caracterizarlo como filóbárcida, pero la diversidad de razonamientos que conducen a semejante conclusión no

⁴ Pelegrín, (en prensa [b]).

⁵ Walbank, *Comm.* I, 131; en la misma línea se pronuncia Gómez de Caso, *op. cit.*, 198. El relato subraya de manera insistente los éxitos de Amílcar (I 75-76; 78; 84, 5-86, 3), lo presenta como el favorito de los soldados (82, 12) y el que levanta el asedio de Cartago (82, 12-14; 84, 1) y se esfuerza por exculparle del desastre de Túnez atribuyendo su tardanza a la distancia y lo accidentado del terreno (86, 8).

hace sino traducir las diferentes interpretaciones formuladas acerca de la actitud con la que Polibio se habría enfrentado a su fuente, y en este sentido hay quienes han considerado interesante comparar su relato con los fragmentos de Diodoro por cuanto la combinación de semejanzas y diferencias existentes entre uno y otros parece descartar la hipótesis que hacía depender a este último autor respecto del primero en favor de aquella otra según la cual los dos procederían de una misma fuente⁶. De ser así, y teniendo en cuenta la escasa originalidad demostrada por el historiador siciliota –un autor que, siempre desde su particular intención moralizante, acostumbra a adoptar el punto de vista de la fuente principal a la que recurre para cubrir cada período histórico–, las divergencias existentes entre una exposición como la suya, tan crítica con la actitud de Cartago, y la óptica decididamente filopúnica desde la que Polibio aborda los hechos alejarían *a priori* a este último de la perspectiva de la fuente común⁷. V. La Bua intentó resolver la cuestión sugiriendo que Diodoro no habría

⁶ Vid. las diversas posturas en Gómez de Caso, *op. cit.*, 195-200. La semejanza se convierte en correspondencia literal o poco menos en D.S. XXV 2, 2 y Pol. I 67, 7; XXV 3, 1 y I 81, 1-4; XXV 4, 1 y I 84, 1; XXV 4, 2-3 y I 84, 5-6 (*cf.* Plb. III 105, 9); XXV 5, 1 y I 84, 10; XXV 5, 2 y I 86, 7; XXV 5, 3 y I 88, 2-3. Semejante paralelismo ha dado pie incluso a la hipótesis de que Diodoro se hubiese servido del relato polibiano de la Guerra Líbica no sólo para elaborar el suyo sino también para enriquecer con detalles tomados de aquél la crónica de una rebelión de africanos y esclavos contra Cartago que tuvo lugar en 396 conocida únicamente a través de su testimonio, T. Kotula, «La poco nota rivolta degli Afri e degli schiavi contro Cartagine (D.S. XIV 77)», *Meander* 9, 1966, 362-371 (reimpr. en I. Biezunska-Malowist [ed.], *Storia sociale ed economica dell'età classica negli studi polacchi contemporanei*, Milán 1975, 131-142).

⁷ Vid. las reflexiones formuladas por D. Ambaglio, «Diodoro de Sicilia y la tradición historiográfica fragmentaria», en F. J. Presedo et al. (edd.), *Χαίρε. II Reunión de historiadores del mundo griego antiguo*, Sevilla 1997, 269-273. Polibio atribuye la responsabilidad del conflicto a la maldad de los sublevados, subrayada a lo largo de todo el relato, mientras que Diodoro, a pesar de que por un lado reconoce desmesuradas las reclamaciones de los mercenarios (XXV 6), por otro sitúa el origen de la guerra en la injusticia de Cartago para con ellos al intentar defraudarles la soldada (XXV 2, 1), una acusación anticipada cuando introduce el episodio con una cita de Epicuro donde advierte de las terribles consecuencias de la injusticia, las cuales alcanzan tanto a los hombres como a las naciones (XXV 1) y a su modo de ver en el caso púnico se manifiestan en esta guerra (XXV 2, 1). Asimismo figuran en Diodoro pero no en Polibio la mención de Φόινικες entre los mercenarios amotinados (XXV 2, 2) y la compensación que éstos exigen por la pérdida de hombres durante la Guerra de Sicilia (XXV 6).

manejado directamente la fuente de Polibio sino otra que a su vez sí lo había hecho, un texto de inspiración anticartaginesa redactado por un autor romano o un griego filorromano que modificó la visión filopúnica y filobárcida de la fuente original en función de la propia; por contra, Polibio habría permanecido fiel no sólo al espíritu sino también a la letra de esa fuente original hasta el extremo de introducir una sola interpolación personal a lo largo de la narración –el pasaje donde alude a la actitud de Roma durante la guerra–, un proceder que en opinión de La Bua nos permite reconstruirla casi literalmente e incluso, dado lo específico del tema que trata, su particular enfoque y su conocimiento de la Guerra de Sicilia, identificar a su autor con Sileno de Cale Acte, historiador siciliota muy próximo a los Bárcidas que acompañó a Aníbal en su marcha hacia Italia y escribió sobre sus hazañas^{*}. Por su parte, L. Loreto localiza las coincidencias existentes entre ambos autores a propósito de las causas de la guerra en los fragmentos de la *Biblioteca Histórica* reunidos en la colección hoescheliana y las atribuye a la interpolación de pasajes polibianos por la mano del compilador bizantino de aquéllos, y a la vez sitúa sus diferencias en los fragmentos transmitidos por la selección constantiniana, más fieles al texto de Diodoro y, dado su método de trabajo, al de su fuente, un autor cuya denuncia de la injusticia púnica para con los mercenarios habría que entender no como una actitud hostil hacia Cartago sino como una crítica filobárcida dirigida contra la tendencia política hannónida que gobernaba la ciudad en el momento de estallar el motín: trátese de Sileno o de Sósilo de Lacedemonia, Loreto lo identifica con el mismo autor cuyas informaciones Polibio habría utilizado, combinado con las de una segunda fuente de tendencia filohannónida e interpretado

^{*} Nep., *Hann.* 13, 3; V. La Bua, *Filino-Polibio, Sileno-Diodoro. Il problema delle fonti dalla morte di Agatocle alla guerra mercenaria in Africa*, Palermo 1966, 237-252. Según este autor, Diodoro continuaría utilizando esa desconocida fuente antipúnica en su descripción crítica de la situación de posguerra en Cartago (XXV 8) y de las campañas de Amílcar en Iberia (XXV 9-10), para las que tampoco sigue a Polibio; de igual modo pero desde una perspectiva opuesta, la persistencia del tono filopúnico y filobárcida del relato de la Guerra Líbica a lo largo de la narración polibiana de las empresas bárcidas en Iberia y anibálicas en Italia le sugiere la posibilidad de que Polibio hubiese continuado utilizando la obra de Sileno para informarse sobre estas últimas. A pesar de coincidir con él en este último punto, Walbank rechaza sin embargo la hipótesis de Sileno como fuente de Polibio para la Guerra Líbica: Walbank, *Comm.* I, 316; *Id.*, «The historians of the Greek Sicily», *Kokalos* 14-15, 1968-69, 476-498, 493-497.

de un modo muy personal desde una perspectiva condicionada por el filtro del ya citado modelo antimercenario que lo aleja de la fuente original y podría explicar las diferencias existentes entre su relato y aquellos fragmentos de Diodoro que habrían transmitido fielmente el espíritu de dicha fuente⁹.

Tan extrema resulta una postura como la otra. Ciertamente, algunos autores han identificado una serie de rasgos particulares de la narración polibiana de la Guerra Líbica que, por contrastar con los que caracterizan el conjunto de las *Historias*, delatarían una notable afinidad entre el relato y su fuente –fruto tal vez de los condicionantes impuestos por la consulta de un solo texto–, pero nada permite hablar de la literalidad defendida por La Bua cuando, por contra, se hace evidente la huella personal que el historiador imprime a su relato, eso sí, sin alcanzar el extremo opuesto convirtiendo el retrato de los sublevados en la plasmación de un supuesto y particular modelo antimercenario, como llega a sugerir Loreto¹⁰. Lejos de limitarse a transmitir los contenidos de su fuente, Polibio actúa directamente sobre ella –y en ello reside su originalidad– extirpando de su enfoque filopúnico cualquier sentimiento antirromano motivado por el epílogo sardo del conflicto y, lo que es más importante, introduciendo sus propias valoraciones de carácter histórico, político, militar y moral hasta elaborar su propia narración en el marco de su particular planteamiento historiográfico.

⁹ Loreto, *op. cit.*, 17-21 y 29-32. Este autor reconoce una fuente filohannónida en lo que considera «valoración positiva» del mando de Hannón y de su organización del ejército durante la primera fase de la guerra, *ibid.* 29-32 y 128-129. Sin embargo, el relato considera a Hannón responsable de los errores que provocan tanto el estallido del motín (I 67, 1) como las derrotas iniciales (74, 1-75, 1). Asimismo cuestionan su razonamiento la presencia de pasajes típicamente polibianos entre los fragmentos constantinianos de Diodoro –concretamente los que aluden a cómo τὸ δαίμονιον y Tyché, premian y castigan las acciones de los hombres (cf. D.S. XXV 5, 1 y Plb. I 84, 10; XXV 5, 2 y I 86, 7)– y lo forzado que resulta atribuir a la fuente original filobárcida una aversión antihannónida tan feroz como para criticar la actitud de Cartago hasta el extremo de justificar la de los mercenarios.

¹⁰ Rasgos característicos de la fuente polibiana que contrastan con lo habitual en nuestro autor serían una excesiva vinculación con el relato bélico que olvida tratar la evolución política cartaginesa, el tratamiento superficial de las causas –lo mismo de la rebelión que de la respuesta púnica– y el protagonismo de lo anecdótico, Gómez de Caso, *op. cit.*, 198.

III

Pasajes como los que recogen la actitud romana ante la guerra, lo mismo durante el desarrollo de los acontecimientos que finalmente con la anexión de Cerdeña, delatan los esfuerzos de Polibio por alejar a Roma de todo aquello que pudiera empañar su imagen en relación con el conflicto¹¹. El primero constituye una justificación manifiesta de la postura que Roma mantiene durante la guerra, enmarcada en su inicio y conclusión por sendas declaraciones donde insiste en el escrupuloso cumplimiento romano de lo estipulado en los tratados y en la que Polibio sitúa el origen de la tensión entre Cartago y Roma no en el apoyo latino a los sublevados sino en la captura por la flota púnica de los navegantes romanos portadores de dicha ayuda¹². Explicando así, de manera un tanto confusa, su intervención en el conflicto, Polibio nos muestra a una Roma en principio agraviada que posteriormente, tras el envío a Cartago de una embajada que consigue la liberación de sus compatriotas, se torna generosa hasta el punto de devolver desinteresadamente a su antigua rival los prisioneros de la Guerra de Sicilia todavía retenidos y concederle en adelante todo su apoyo, tanto directo al comerciar con ella como indirecto al no ayudar a los rebeldes¹³. Observamos una actitud similar en el relato de la anexión romana de Cerdeña, cuando Roma declara la guerra a una Cartago agotada tras su victoria sobre los sublevados y le impone la cesión de la isla y el pago de una elevada suma a cambio de no emprender las hostilidades. La obligada resignación de Cartago y la actitud prepotente de Roma ayudan a Polibio a presentar el

¹¹ Actitud de Roma: I 83, 5-11. Anexión de Cerdeña: I 88, 8-12; cf. III 10, 1-4. «Una de las aportaciones originales y esenciales de Polibio, que separan su versión de los hechos de la de su fuente original» consiste en «revisar un claro discurso filopúnico y probárcida y reconvertirlo decididamente en una narración acorde con las pautas históricas determinadas para el período por la historiografía romana y filorromana, mucho más alejada de la realidad de los hechos», Gómez de Caso, *op. cit.*, 199.

¹² I 83, 5 y 11: Ῥωμαῖοι τηροῦντες τὰ κατὰ τὰς συνθήκας δίκαια. I 83, 6-7; cf. III 28, 3.

¹³ I 83, 8-11. Este episodio no habría figurado en la fuente original de Polibio y tendría su origen en una fuente filorromana –tal vez Fabio Píctor–, y la visión algo confusa que de él se nos ofrece no haría sino reflejar tanto la actitud ambigua y oportunista de Roma como la manipulación practicada por los analistas al intentar integrar la información procedente de los textos filopúnicos en un relato favorable a aquélla, Gómez de Caso, *op. cit.*, 299 y n. 95.

resultado como un hecho consumado e inapelable y a explicarlo no tanto denunciando la agresión oportunista romana como recurriendo a las «circunstancias», y aunque posteriormente, en su análisis de las causas de la Guerra Anibálica, admitirá la responsabilidad de Roma y su censurable actuación en el asunto de Cerdeña –primero de un modo incidental, cuando implícitamente reconoce la legitimidad de la posición púnica, y más tarde abiertamente, al considerar injusta la intervención romana por cuanto atenta contra lo acordado en los tratados y ver en este hecho un motivo «razonable» para que los cartagineses emprendieran la guerra¹⁴–, sin embargo en todo momento evita abordar directamente la cuestión apelando una y otra vez a las circunstancias y remitiendo a la narración previa de los acontecimientos al final del libro primero¹⁵.

Es precisamente en este contexto donde reside la clave para comprender la función que desempeña la narración de la Guerra Líberica en las *Historias*. La propia ubicación del relato nos sitúa en el marco de lo que el autor denomina προκατασκευή, una «preparación» que, a modo de introducción de la auténtica obra histórica o πραγματεία, es concebida como un resumen de los acontecimientos previos más importantes que permita enlazar con períodos ya tratados por otros autores y prepare al lector para enfrentarse a la obra propiamente dicha en las condiciones idóneas explicándole, entre otras cosas, cómo se originó el enfrentamiento entre Roma y Cartago: de ahí que los dos libros que la componen incluyan la Guerra de Sicilia, la de los Mercenarios y las actividades púnicas en Iberia y se detengan a las puertas de la Guerra de Aníbal. En este diseño destaca particularmente la conexión que el autor establece entre el episodio que nos ocupa

¹⁴ III 10, 1: ὑπολαμβάνοντες αὐτοὺς νικήσειν τοῖς δικαίοις, Ἄδίκως; III 15, 10. Παρὰ πάντα τὰ δίκαια: III 28, 2-3. Εὐλόγως: III 30, 4.

¹⁵ Καιροί: I 88, 12; III 15, 10; 28, 2; 30, 4. Περίστασις: III 10, 3. *Vid.* III 10, 1-2; 27, 8; y 28, 4, donde remite erróneamente al libro II. Si en III 10, 1-4 intenta armonizar la tradición analística con los hechos y en III 27, 1-9 recoge una versión del tratado de 241 y de su ampliación en 237 tomada de los broncees del Capitolio por una fuente hostil a Cartago –tal vez Fabio Píctor–, en III 28 Polibio rechaza la justificación elaborada por esa misma tradición, aunque no por ello deja de atribuir a Aníbal la responsabilidad de la guerra por haber destruido Sagunto y cruzado el Ebro (III 15, 10-11; 30, 3-4). A. Díaz Tejera, «En torno al tratado de paz de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2, 1971, 109-126, 117-119 y 123-125; Gómez de Caso, *op. cit.*, 127-131; *Id.*, «El olvidado tratado del 239/8, sus fuentes y el número de tratados púnico-romanos», *Polis* 6, 1994, 93-141, 138-140. *Cf.* la versión que de III 10, 1-3 propone M. Dubuisson, «Procédés de la diplomatie romaine: l'annexion de la Sardaigne et le sens de συγκαταβαίνειν (Polybe, III, 10, 1)», *REL* 57, 1979, 114-125.

y las dos Guerras Púnicas entre las que tiene lugar: por una parte Polibio subraya de manera explícita desde el primer momento la estrecha vinculación que une a la Guerra de los Mercenarios con la de Sicilia en tanto que continuación de ésta (ταύταις συνεχῆς), pero por otra sitúa la Guerra Líbica en el origen mismo de la de Aníbal, primero cuando en la introducción de aquélla reconoce que la razón principal (τὸ μέγιστον) que le mueve a incluirla en las *Historias* es la necesidad de explicar las causas de la Segunda Guerra Púnica y clausurar definitivamente el dilatado debate historiográfico generado en torno a ellas aportando «la opinión más verdadera» (ἀληθινώτατη διάληψις), y posteriormente, en su particular análisis de dichas causas, cuando pone en relación ambos conflictos a propósito de la anexión romana de Cerdeña, un episodio que si bien en el relato de la Guerra Líbica figuraba a modo de epílogo y sin vinculación explícita con el origen del enfrentamiento del que ahora se ocupa, aquí se convierte, junto al odio de Amílcar y los éxitos púnicos en Iberia, en una de las causas fundamentales de la Guerra Anibálica¹⁶.

Desde esa particular interpretación que considera la obra histórica de Sileno la utilizada como fuente por el autor de las *Historias* y su visión de los hechos, la que éste habría adoptado una vez despojada de su perspectiva antirromana, La Bua sostiene que tanto la conexión etiológica entre los dos conflictos como el resto de las razones que le impulsaron a tratar el tema no harían sino reflejar la deuda de Polibio con el autor siciliota¹⁷. Abundan sin embargo a lo largo de todo el relato afirmaciones que reflejan fielmente el ideario histórico, político y moral de nuestro autor, a veces expresadas aisladamente y de un modo directo

¹⁶ I 13, 3; 65, 8-9; III 10, 1-4; 13, 1-2; 15, 10-11; 28, 1-4; 30, 4. Existe una correspondencia evidente entre I 65, 8, donde Polibio anuncia que «de las cosas que en aquella ocasión (sc. la Guerra Líbica) acontecieron se pueden comprender las causas por las que se suscitó la guerra en tiempos de Aníbal entre romanos y cartagineses» (τὰς αἰτίας ἐκ τῶν ἐν ἐκείνοις τοῖς καιροῖς πεπραγμένων κατανοήσειεν, δι' ἃς ὁ κατ' Ἀνίβαν συνέστη Ῥωμαίοις καὶ Καρχηδονίοις πόλεμος), y III 10, 1-2, donde a propósito de esas mismas causas afirma que sin la narración de la Guerra Líbica en general y de la pérdida de Cerdeña en particular «no es posible comprender debidamente ni lo que digo ahora ni lo que referiré después» (οὐχ οἷόν τ' ἦν συμπεριενεχθῆναι δεόντως οὔτε τοῖς νῦν λεγομένοις οὔτε τοῖς μετὰ ταῦτα ῥηθησομένοις ὑφ' ἡμῶν), hasta el punto de hacer de dicha anexión la «causa verdadera» de la Guerra Anibálica (III 15, 11: αἰτία ἀληθινή).

¹⁷ Según La Bua, *op. cit.*, 250-251, el relato polibiano reflejaría fielmente la narración de Sileno, donde la pérdida de Cerdeña pondría fin a la narración de la Guerra Líbica (cf. I 88, 8-12), daría paso a las hazañas bárcidas en Iberia (cf. II 1, 5-9; II 13 y 36; III 13-14) y explicaría en última instancia la Guerra de Aníbal (cf. III 10, 1-4).

pero generalmente incorporadas bajo la forma de conclusión extraída de la lectura de determinados pasajes o de enunciado teórico con el que otros dan comienzo y que encuentra confirmación en los hechos que a continuación se narran¹⁸. Pero es en la introducción y en las reflexiones de carácter moral manifestadas por nuestro autor a raíz de los crímenes de los sublevados –concretamente a propósito de la situación en Sica, el estallido del motín, la sublevación generalizada, su radicalización con los crímenes de los rebeldes y el castigo final de los mismos– donde más claramente se revela el pensamiento de Polibio y la imagen que de los hechos se propone ofrecer con su narración. El autor comienza su relato definiendo la guerra como un conflicto interno (πόλεμος ἐμφύλιος) que equipara con el que enfrentó a Roma con los faliscos –tan sólo para mostrar la continuidad del discurso subrayando la consideración de ambos en tanto que consecuencia de la Guerra de Sicilia– y pasa a continuación a exponer la utilidad de la narración, explicar su función en el marco de las *Historias* y definir en última instancia su propia actitud frente a un conflicto que juzga inexpiable y al que presenta como una amenaza para la existencia misma del Estado y ejemplo de la oposición entre razón y barbarie¹⁹. Subrayar

¹⁸ En el primer grupo figurarían su valoración de la Guerra Líbia por encima de las otras que conoce en cuanto a crueldad y crímenes (I 88, 7) y la escueta descripción geográfica de Cartago (I 73, 4-5, visitada por el mismo Polibio en 146: XXXVIII 19 a; 19; 22), mientras que en el segundo, más numeroso, se cuentan las reflexiones sobre la amplitud de miras exigible en un estadista dadas las consecuencias de la explotación púnica de Libia (I 72, 7) o sobre el peligro de permitir el desarrollo excesivo de enemigos potenciales que explica la ayuda de Hierón a Cartago (I 83, 2-4), la constatación de la superior experiencia del general frente a la del simple soldado (I 84, 6; cf. III 105, 9) y la llamada a la moderación incluso en el crimen (I 88, 3). Sobre la tendencia del autor a interrumpir el relato de los acontecimientos mediante la introducción de digresiones y reflexiones personales sugeridas por aquéllos, J. A. De Foucault, *Recherches sur la langue et le style de Polybe*, París 1972, 304 y ss.

¹⁹ I 65, 1-9. Walbank, *Comm.* I, 131, explica la denominación πόλεμος ἐμφύλιος (I 65, 2) sobre la base de la alianza de los mercenarios y los súbditos libios contra Cartago; Gómez de Caso, *op. cit.*, 186, n. 4, interpreta el calificativo como «civil» aunque lo considera poco apropiado en este caso, mientras que Loreto *op. cit.*, 37-39, prefiere su sentido literal de «interno», entendido en el seno de una unidad determinada que Polibio habría contemplado desde una perspectiva geográfica. El autor vuelve a utilizar ἐμφύλιος acompañando no sólo a πόλεμος (I 71, 5) sino también a στάσις y παραχή (I 71, 7; III 9, 9), términos éstos que, lo mismo que ἀπόστασις (70, 9; 72, 4 y 6; 82, 9; 88, 5) y κίνημα (III 9, 8), reflejan por sí solos el carácter interno de este conflicto (στάσις: I 66, 10; 67, 2 y 5; 71, 7; παραχή: I 69, 6; 71, 7; III 9, 9; 10, 1).

la magnitud del conflicto y el peligro que representó para Cartago le permite fundamentar las razones que le decidieron a incluir este episodio en sus *Historias*, entre las que destaca, además de la ya mencionada y más importante de explicar las causas de la Guerra Anibálica, su intención de mostrar en qué consiste una «guerra sin cuartel» (ἄσπονδος πόλεμος), advertir contra la utilización irreflexiva de tropas mercenarias y distinguir entre los «caracteres mezclados y bárbaros» (ἤθη σύμμικτα καὶ βάρβαρα) y aquellos otros «que se han moldeado en la educación, las leyes y las costumbres ciudadanas»²⁰. Para algunos autores modernos esa triple motivación explicaría en última instancia el interés polibiano demostrado por la Guerra Lílica más allá de su vinculación con la de Aníbal. En opinión de Walbank la conexión entre ambos conflictos no sería sino el recurso con el que un Polibio decidido a abordar la narración del primero habría justificado la presencia de este episodio en su obra al vincularlo directamente con el propósito fundamental de la misma, y entre las razones aducidas para conceder a este episodio un protagonismo tan destacado –reflejado en lo que considera «extensión desproporcionada» dentro del libro I– el autor anglosajón destaca su insistencia en subrayar el peligro que conlleva el empleo de mercenarios y sugiere el posible interés del autor por mostrar el contraste existente entre tales tropas y el ejército ciudadano de Roma que describe en el libro VI o incluso el de Aníbal, cuya heterogénea composición sin embargo jamás dio lugar a un motín²¹. Sin embargo no son exclusivamente los mercenarios el objeto de las críticas de Polibio en tanto que ἤθη σύμμικτα καὶ βάρβαρα, sino el conjunto de los sublevados como tales, mercenarios y libios, representados por nuestro autor como una masa

²⁰ I 65, 7: πρὸς δὲ τούτοις τί διαφέρει καὶ κατὰ πόσον ἤθη σύμμικτα καὶ βάρβαρα τῶν ἐν παιδείαις καὶ νόμοις καὶ πολιτικοῖς ἔθεσιν ἐκτεθραμμένων.

²¹ Walbank, *Comm.* I, 132; *Id.*, *Polybius*, Berkeley-Los Ángeles 1990 (1972), 89-90; *vid.* al respecto el debate que sigue a la exposición de E. W. Marsden, «Polybius as a military Historian», en *Polybe*, Fondation Hardt, Entretiens sur l'Antiquité classique XX, Vandœuvres-Ginebra 1974, 269-301. Por su parte Loreto acepta la redacción tardía del texto de la Guerra Lílica propuesta por R. Laqueur y, a partir de ahí, la atribuye a la influencia que la visión de una Alejandría dominada por los mercenarios habría ejercido sobre Polibio durante su viaje a Egipto entre 144 y 134 (XXXIV 14 = Str. XVII 1, 12), Loreto, *op. cit.*, 12, n. 32; R. Laqueur, *Polybius*, Aalen 1974 (Leipzig 1913), 159-160 y 259-260; *contra* Walbank, *Comm.* I, 132, y, del mismo, *Polybius*, 1990, 25, donde considera «desastroso experimento» la reconstrucción cronológica de Laqueur.

humana de composición heterogénea, dominada por la confusión y el desorden, carente de otra guía que sus propios instintos y la maldad de sus líderes y que, en su degradación, supera los límites del comportamiento humano hasta situarse al nivel de las bestias salvajes, e incluso por debajo de ellas.

IV

Inmerso en una tradición típicamente helénica que caracteriza el pensamiento histórico durante toda la Antigüedad, Polibio concede un especial protagonismo al individuo, exponente del grupo social aristocrático que detenta el poder y al que el propio autor pertenece, en detrimento de la masa humana como colectivo²². Concebida por oposición a ese grupo dirigente y a los individuos que lo componen, la masa es objeto de una valoración especialmente crítica que la presenta como un colectivo simple e irracional que tiende a liberar sus pasiones antes que a dominarlas, carente de opinión propia y tan versátil en sus juicios acertados como obstinado en los erróneos, de ahí que resulte tan fácil de manipular por demagogos y gentes ávidas de poder²³. Polibio censura con particular insistencia el comportamiento de las multitudes en contextos de conflictividad interna, desde la simple agitación social hasta la rebelión

²² M. Mantegazza, «Linguaggio e ideologia: Alcune considerazioni su individuo e collettività in due episodi polibiani di rivolta», *Acme* 30, 1977, 253-270; F. J. Gómez Espelosín, «*Simplices homines*. Algunas observaciones sobre la posición sociopolítica de Polibio», *Faventia* 9.2, 1987, 41-58. En relación con el régimen democrático: K. W. Welwei, «Demokratie und Masse bei Polybios», *Historia* 15.3, 1966, 282-301; F. W. Walbank, «Polybius' perception of the one and the many», en I. Malkin y Z. W. Rubinsohn (edd.), *Leaders and Masses in the Roman World*, Leiden 1995, 201-222.

²³ «Toda masa es veleidosa y está llena de deseos ilícitos, pasión irracional y cólera violenta» (VI 56, 11: πᾶν πλῆθος ἐστὶν ἐλαφρόν καὶ πλῆρες ἐπιθυμιῶν παρανόμων, ὀργῆς ἀλόγου, θυμοῦ βιαίου; cf. X 25, 5), «es fácil de engañar y de manejar para cualquier cosa» (XI 29, 9: ἐστὶ πᾶς ὄχλος εὐπαραλόγιστος καὶ πρὸς πᾶν εὐάγωγος), revela su falta de discernimiento (ἀκρισία) prefiriendo lo secundario a lo fundamental (XI 8, 7; XII 25 i, 9) y dejándose deslumbrar fácilmente (XII 26 d, 1), se manifiesta a través de impulsos «irreflexivos y primarios» (XXVII 10, 4: τὴν ἀνεπίστατον καὶ πρώτην ὁρμήν) y ante la adversidad abandona toda planificación por respuestas impulsivas y apresuradas o simplemente desespera (III 85, 8-9: οὐ μετρίως οὐδὲ κατὰ σχῆμα; I 18, 5-6).

armada, y tan diversos como las revueltas de Alejandría –en las que, a pesar de actuar contra un tirano, la multitud no puede evitar el juicio negativo que al autor le merece su conducta irracional, extremada y cruel– o el motín de las tropas romanas en el Sucro –protagonizado por una masa cuyas instintivas reacciones se reducen básicamente a la perfidia y el miedo y que, dominada a su antojo por unos pocos cabecillas, sugiere en nuestro autor su asimilación con el mar agitado por los vientos²⁴.

Pero un factor añadido que en el episodio de la Guerra Líbia contribuye a acentuar el potencial negativo de la masa –y, en consecuencia, el juicio crítico proyectado sobre ella– es su composición heterogénea, pues al exceso cuantitativo que proyecta hacia el exterior se suma otro cualitativo y de carácter interno expresado por la diversidad de los elementos que la integran²⁵. Según nuestro autor el ejército cartaginés estaba formado tradicionalmente por mer-

²⁴ Sobre los sucesos de Alejandría (XV 25-33): F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* II, Oxford 1967, 485-493; F. J. Gómez Espelosín, «Las revueltas de Alejandría: pautas de comportamiento de una masa urbana en época helenística», *EHum* 8, 1986, 49-75. Sobre el motín del Sucro (XI 25-30): Walbank, *Comm.* II, 296 y ss.; Mantegazza, *art. cit.*, 255-260; M. R. Guelfucci, «La peur dans l'œuvre de Polybe», *RPh* 60.2, 1986, 227-237; cf. Liv. XXVIII 24-29. El símil de la masa y el mar (XI 29, 9-11) reaparece en términos idénticos en el discurso del ateniense León ante el Senado en 189 (XXI 31, 9-11), lo que sugiere la aplicación por parte de Polibio de una figura retórica ampliamente conocida a situaciones que presentaban coincidencias evidentes –Livio se refiere a ella como *vulgata similitudo* en su versión de ese mismo discurso (XXXVIII 10, 5)–, y aunque la elaboración de esta imagen como metáfora política se remonta a Solón y su «mar justo» (frag. 11 D), la figura del viento agitando las olas ya se aplica en la *Iliada* a la asamblea de los argivos estimulada por las palabras de Agamenón (II 144-146; 394-397).

²⁵ Aristóteles considera la diferencia étnica dentro de un grupo social fuente en sí misma de conflictos (*Pol.* V 3, 1303 a 11: στασιωτικὸν δὲ καὶ τὸ μὴ ὁμόφυλον) y Plutarco afirma que «las cualidades múltiples y diversas (πολλαὶ καὶ ποικίλαι ποιότητες), que están en oposición y luchan desesperadamente, al encontrarse se destruyen antes, al igual que en una ciudad una multitud de hombres mezclados y revueltos (μιγάδων καὶ συγκλύδων ἀνθρώπων πλῆθος) no mantienen fácilmente una naturaleza concorde, sino que cada cual tira hacia lo propio y es reacio a lo extraño» (*Quaest. conv.* IV 1, 2 [*Mor.* 661 C]). Sobre la aversión helénica a las naturalezas mixtas: M. Dubuisson, «Remarques sur le vocabulaire grec de l'acculturation», *RBPh* 60, 1982, 5-32, 24; D. Fourgous, «Gloire et infamie des seigneurs de l'Eubée», *Métis* 2, 1987, 5-30; *Ead.*, «L'hybride et le mixte», *Métis* 8.1-2, 1993, 231-246.

cenarios de procedencia diversa para así controlarlos más fácilmente en caso de rebelión, pero lo cierto es que una vez desatados la ira y el odio (ὀργή, διαβολή) característicos de estas tropas –y aquí se deja sentir el prejuicio polibiano– su composición heterogénea no hace sino agravar todavía más la situación²⁶. Tal vez el ejemplo más conocido de semejante diversidad lo constituya el ejército de Aníbal, pero la insistencia polibiana en contrastar la enorme heterogeneidad de estas tropas y las dificultades que debería plantear su gobierno con la fidelidad que mostraron siempre hacia su general y las sobresalientes dotes de mando del Bárcida demuestra lo excepcional de un caso en el que la extraordinaria capacidad de un individuo le permite imponerse a los vicios de la masa²⁷.

Muy diferente es el contexto en el que tiene lugar el estallido del motín que desemboca en la Guerra Líbica, donde la tumultuosa reacción de los iberos, celtas, ligures, baleares, μιξέλληνες y libios concentrados en Sica ante la noticia de la incapacidad púnica para abonar las soldadas transmitida por Hannón degenera en un pandemónium que revela la auténtica naturaleza de los mercenarios²⁸. Resulta significativo constatar cómo junto a una enumeración tan detallada de los

²⁶ I 67, 4-6: ποικίλαις καὶ μισθοφορικαῖς δυνάμεσιν ... ποιοῦντες ἐκ πολλῶν γενῶν τὴν δύναμιν. Platón califica irónicamente al ejército mercenario del tirano como «bello, numeroso, abigarrado y nunca igual» (R. VIII 568 D: στρατόπεδον τὸ καλὸν τε καὶ πολὺ καὶ ποικίλον καὶ οὐδέποτε ταῦτόν).

²⁷ Polibio aplica a este ejército calificativos como ἀλλόφυλος y ἑτερόγλωττος (III 61, 5; XXIII 13, 2) y dice de sus hombres que «no eran ni del mismo pueblo ni de la misma raza ..., ni las leyes, ni las costumbres, ni la lengua ni ninguna otra cosa tenían por naturaleza en común unos con otros» (XI 19, 3-4: οὐχ οἷον ὁμοειθέσιν, ἀλλ' οὐδ' ὁμοφύλοις ... οἷς οὐ νόμος, οὐκ ἔθος, οὐ λόγος, οὐχ ἕτερον οὐδὲν ἦν κοινὸν ἐκ φύσεως πρὸς ἀλλήλους. De un modo similar, Timoleón demostró sus especiales dotes militares alcanzando la victoria no con «hombres experimentados en la guerra y acostumbrados a ser dirigidos» sino con «mercenarios y soldados indisciplinados, habituados a luchar según sus deseos» (Plu., *Comp. Tim. Aem.* 1, 3: οὐχ ... ἀνδράσιν ἐμπειροπολέμοις καὶ μεμαθηκόσιν ἄρχεσθαι ... ἀλλὰ μισθοφόροις οὔσι καὶ στρατιώταις ἀτάκτοις, πρὸς ἥδονην εἰθισμένοις στρατεύεσθαι).

²⁸ I 67. Frente a la tradicional interpretación étnica de los μιξέλληνες como mestizos (W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, Nueva Delhi 1980 [Cambridge 1951], 38; Walbank, *Comm.* I, 134; P. Pédech, *Polybe. Histoires. Livre I*, París 1969, 109, n. 1), desde una perspectiva cultural hoy se los considera bárbaros con elementos helénicos, p.ej. la lengua: Dubuisson, *art. cit.*, 11-16; M. Casevitz, «Sur la notion de mélange en grec ancien (mixobarbare ou mixhellène?)», en N. Fick y J. C. Carrière (edd.), *Mélanges E. Bernard*, Besançon 1991, 121-139, 130-139. Sobre la mención polibiana y su posible identificación con itálicos helenizados, Pelegrín, (en prensa [b]).

diversos componentes de la masa, a la inclusión de referencias explícitas a su diverso origen y al empleo de calificativos como σύμμικτος y ποικίλος, para subrayar esa diversidad Polibio, que como ya señalamos se había propuesto desde el principio distinguir respecto de los civilizados «los caracteres mezclados y bárbaros», hace especial hincapié en la diferencia de lenguas existente entre los diversos grupos étnicos que integran el ejército mercenario y entre éstos y su interlocutor púnico –criterio básico para definir al Otro bárbaro, aunque desde su particular perspectiva Polibio tome aquí como punto de referencia no al mundo griego sino a Cartago–, así como en los problemas de comunicación que de ella se derivan, y convierte este hecho en un factor determinante que favorece en un primer momento el estallido del motín y posteriormente la radicalización del conflicto²⁹. En el primer caso Polibio vincula estrechamente la evolución del descontento de Sica hasta transformarse en motín con factores tales como el hecho de que los mercenarios no fuesen de la misma nacionalidad ni hablasen la misma lengua (μήθ' ὁμοεθνῶν μήθ' ὁμογλώττων ὑπαρχόντων), la imposibilidad de que Hannón conociese las lenguas de cada grupo (τὰς ἐκάστων διαλέκτους), las dificultades todavía mayores de los intérpretes para desempeñar su tarea y la ignorancia y mala fe de los jefes que actuaban como tales, todo lo cual aumenta la confusión en el seno de la masa por cuanto hace imposible incluso la simple comunicación y, con ella, cualquier solución dialogada³⁰. Precisamente éste es el propósito de los rebeldes cuando, en respuesta a la benevolencia con la que Amílcar intenta minar sus fuerzas, deciden radicalizar el conflicto y convocan

²⁹ Diverso origen: μήθ' ὁμοεθνῶν ὑπαρχόντων (I 67, 3); ἐκ πολλῶν γενῶν (67, 4); ἀφ' ἐκάστου τῶν γενῶν (77, 4); ἀφ' ἐκάστου γένους (80, 8). Según Polibio, un obstáculo para el conocimiento directo de los extremos de la ecúmene porque dificulta la comunicación y el aprendizaje es la diferencia de lenguas (III 58, 8: διὰ τὸ τῆς φωνῆς ἐξηλλαγμένον), la cual obliga en Zama a arengar por separado a los diferentes grupos que combaten en el lado púnico (XV 11, 4; cf. V 83, 7 sobre Rafia) en un contexto donde para subrayar esta diversidad el autor compara con la uniformidad del grito de guerra romano el «sonido indistinto y cambiante» de los mercenarios de Cartago (XV 12, 9: ἀδιάκριτον ... τὴν φωνὴν καὶ παρηλλαγμένην) e introduce una combinación de pasajes homéricos en los que el Poeta da idea de la composición heterogénea de ciertos grupos aludiendo a las voces mezcladas que salen de ellos (Il. II 804 y IV 437-438; cf. *Od.* XIX 175). Vid. al respecto B. Rochette, «Sur le bilinguisme dans les armées d'Hannibal», *LEC* 65.2, 1997, 153-159.

³⁰ I 67, 3-11, donde la confusión viene expresada mediante un completo vocabulario: ἀμύξια, θόρυβος, τύρβη y más tarde ἀκαταστασία y ταραχή.

una asamblea en la que, esgrimiendo informaciones falsas, Esendio y el galo Autárito cuestionan la política del Bárcida, advierten contra la presencia de traidores entre los sublevados y proponen la ejecución de Gescón y los demás prisioneros púnicos: el propio Polibio explica el éxito de Autárito atribuyéndolo al hecho de expresarse en púnico, idioma según nuestro autor conocido por la mayor parte de los presentes (ἦρδ' ἐκαστὸς ἀνὴρ Φοινικιστὴν ... οἱ πλείστοι συνεσαίνοντο τῇ διαλέκῳ), y a la vez, en una escena que recuerda la confusión y falta de entendimiento de Sica, destaca cómo el elevado número y la heterogeneidad de quienes intentan defender a Gescón (πολλῶν δὲ ... ἀφ' ἑκάστου γένους), unidos al hecho de hablar «muchos a la vez y cada uno en su propia lengua» (ὥς ἂν ἅμα πολλῶν, ἑκάστου δὲ κατὰ τὴν ἰδίαν διάλεκτον), provocan un estado de confusión que limita la eficacia de sus protestas y permite la reacción violenta de la multitud envenenada por los cabecillas y la eliminación de los descontentos³¹.

Con todo, considerando esta escena globalmente, tanto la intervención decisiva de los líderes para agravar la situación como la violencia a la que recurren para eliminar cualquier disidencia reproducen casi punto por punto aquella otra anterior en la que la irrupción de Mato y Esendio convierte el motín de mercenarios promovido por el adeudo de la soldada y prácticamente resuelto en una rebelión generalizada de los súbditos africanos contra Cartago³². A par-

³¹ I 79, 11-80, 10. Con lo apuntado sobre Autárito contrastan por una parte la necesidad que esa misma multitud había tenido de intérpretes para comprender las palabras de Hannón —sin duda también pronunciadas en púnico— y por otra la afirmación según la cual la expresión con la que se decretaba la lapidación de los disidentes era «la única palabra que todos entendían debido a que continuamente la ponían en práctica» (I 69, 12: καὶ μόνον τὸ ῥῆμα τοῦτο κοινῇ συνέσαντο βάλλε διὰ τὸ συνεχῶς αὐτὸ πράττειν), una explicación tan simple como significativa que delata la contradicción en la que Polibio incurre en su afán por acentuar los rasgos negativos de la masa poniendo de relieve la mala fe de aquéllos cuya capacidad de comprensión depende cínicamente de la afinidad existente entre sus intereses y los de su interlocutor y de la oportunidad de ahondar en su propia maldad.

³² De hecho, más allá de la doble denominación del episodio como Guerra Líberica o de los Mercenarios (I 70, 7: ὁ μὲν οὖν πρὸς τοὺς ξένους καὶ Λιβυκὸς ἐπικληθεὶς πόλεμος) y en la línea iniciada por L. A. García Moreno, «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líberica», *MHA* 2. *Colonato y otras formas de dependencia no esclavistas*, Oviedo 1978, 71-80, Gómez de Caso, *op. cit.*, 210-211, distingue entre el motín de los mercenarios y la rebelión líberica como «dos conflictos independientes y separados», generado el primero por «motivaciones estrictamente coyunturales y crematísticas» y la segunda por causas «de origen estructural, económico y político».

tir de este momento la masa se ve privada de su papel como protagonista colectivo en beneficio de ciertos individuos perfectamente identificados que, cuando el conflicto parece a punto de solucionarse, no sólo frustran el acuerdo sino que, imponiéndose en las asambleas a una multitud ebria mediante la manipulación y el terror, se hacen con el liderazgo y unifican en un movimiento organizado grupos diversos pero con intereses y objetivos muy determinados (libios sublevados contra el dominio púnico, desertores y esclavos fugados de origen itálico, mercenarios ávidos de botín a costa de Cartago) hasta transformar una masa incontrolada en una fuerza que amenaza la existencia del propio Estado cartaginés³³. De este modo, y desde una perspectiva típicamente polibiana, el individuo canaliza hacia un objetivo definido los impulsos instintivos de una masa que nuestro autor no podía considerar por sí misma como auténtica δύναμις histórica aun cuando se había constituido en motor de la revuelta³⁴. Dominada por sus pasiones (ἀκρασία, σχολή, ῥαθυμία, ὀργή, διαβολή) y recelosa de unos jefes en todo momento anónimos, la masa había actuado por propia iniciativa y de un modo desordenado, indisciplinado y agresivo ya du-

³³ Junto a las reiteradas y exitosas llamadas a la rebelión contra Cartago que Mato dirige a los libios (I 70, 8-9; 72, 1-6; 77, 3), en opinión de E. Acquaro, «Les émissions du 'soulèvement libyen'. Types, ethnies et rôles politiques», en H. Devijver y E. Lipinski, *Studia Phoenicia 10. Punic Wars*, Lovaina 1989, 137-144, 138-142, la unidad de los sublevados y la inspiración política de la revuelta se plasmarían en la acuñación de moneda propia con tipos indígenas, púnicos y helénicos y leyendas como la griega ΑΙΒΥΩΝ y la letra púnica *mēm*, tal vez abreviatura de la expresión «en el campamento» que aparece en las emisiones cartaginesas de Sicilia en 320-306. Por contra, considerando que en todo momento los mercenarios se hallan a sueldo de los rebeldes libios, Loreto, *op. cit.*, 97-100 y 110-113, atribuye la presencia de la leyenda griega en las monedas a la función de éstas como medio de pago en un ámbito helenófono e identifica la mencionada letra púnica con la inicial de Mato, convertido en magistrado supremo dada su primacía y tal vez con el objetivo puesto en el establecimiento de una monarquía líbica en torno a su persona.

³⁴ Mantegazza, *art. cit.*, 263-266; Gómez de Caso, *op. cit.*, 238-249. A propósito de Licisco de Etolia nuestro autor afirma que «el poder de las naturalezas de los hombres» es tan grande que la nobleza o la maldad de uno solo puede proporcionar a ejércitos, ciudades, naciones y pueblos «unas veces los máximos bienes, otras los máximos males» (XXXII 4, 2: δύναμις ἐν ταῖς τῶν ἀνθρώπων φύσεσιν ... δι' ἐνὸς ἀνδρὸς ἀρετὴν καὶ κακίαν ... ποτὲ μὲν τῶν μεγίστων κακῶν, ποτὲ δὲ τῶν μεγίστων ἀγαθῶν); cf. I 35, 5; VIII 3, 3. Sobre el individuo como causa histórica en la obra de Polibio, Pédech, *La méthode ...*, 204-253.

rante los desórdenes iniciales en Cartago pero sobre todo con el estallido del motín, la marcha de los mercenarios sobre la capital, el asedio al que la someten y las abusivas exigencias que imponen a sus habitantes³⁵. En adelante la evolución del conflicto vendrá marcada por la acción decidida de unos líderes que desde su aparición fuerzan el enfrentamiento con Cartago, azuzan a la masa para hacer inevitable la guerra, extienden la rebelión entre los africanos, deciden y dirigen las operaciones militares y proporcionan el impulso decisivo para la continuidad de la revuelta en aquellas encrucijadas que se plantean a lo largo de la misma.

Es precisamente en esos momentos cuando Polibio aprovecha para exhibir los caracteres morales y las actitudes que completan el retrato inequívocamente negativo de tales personajes trazado ya en su presentación. En ella nuestro autor había introducido a Esendio y Mato de un modo un tanto despectivo como «cierto campano» (τις Καμπανός) y «un libio, un tal Mato» (Λίβυς τις Μάθως) respectivamente, describía al primero como esclavo y desertor (ἡτόμολῃώς δοῦλος) y al segundo como un peligroso agitador (πλεῖστα δὲ κεκινηκώς κατὰ τὰς προειρημένας ταραχάς) y consideraba que ambos habían intervenido movidos únicamente por intereses particulares, mientras que de Autárito, incorporado más tarde, nos recordará su relación con los galos traidores que desertaron en Érice y lo presentará como «el más eficaz en las asambleas» (πρακτικώτατος δ' ἦν οὗτος ἐν ταῖς συμβουλίαις) de un modo y en un contexto que lo asimilan a demagogos griegos como Molpágoras, Querón o Critolao³⁶. En adelante, tanto en los sucesos que transforman el mo-

³⁵ De la distinción polibiana entre causa (αἰτία) e inicio (ἀρχή) se desprende una doble concepción de la responsabilidad de los protagonistas como αἵτιοι οἱ ἀρχηγοί, pero significativamente en el relato de la Guerra Líbica ἀρχηγοί no se aplica a individuos ni grupos identificados, sino a los vicios de la masa que explican el estallido y desarrollo de la rebelión: la relajación e inactividad que favorecen la sedición (I 66, 10: ἀνέσεως καὶ σχολῆς ἀρχηγὸν καὶ μόνον αἷτιον γίνεται στάσεως) y las costumbres perversas y la mala educación que degradan a los hombres hasta convertirlos en bestias (81, 10: τῆς δὲ διαθέσεως ἀρχηγὸν ... νομιστέον ἔθῃ μοχθηρὰ καὶ τροφήν ἐκ παίδων κακὴν); Pédech, *op. cit.*, 207 y n. 19.

³⁶ Esendio: I 69, 4. Mato: I 69, 6. Autárito: I 77, 5; 80, 5. Molpágoras era «hábil para hablar y para obrar» (XV 21, 1: ἀνὴρ καὶ λέγειν καὶ πράττειν ἱκανός) y Querón un «hombre agudo y eficaz» (XXIV 7, 1: ἄνθρωπος ἀγχίνους μὲν καὶ πρακτικός), mientras que Critolao «movió y excitó a la masa» con mentiras en Corinto (XXXVIII 12, 10: ἐκίνηει καὶ παρώξυνε τοὺς ὄχλους; *vid.* asimismo 11, 7-11; 12, 7-9; 13, 5-6).

tín mercenario en auténtica revuelta contra Cartago como en la mencionada radicalización del conflicto impulsada cuando éste amenaza con debilitarse, son los cabecillas de la rebelión quienes deliberadamente conciben e inculcan en la masa la necesidad de cometer actos impíos y contrarios a las leyes y costumbres humanas, hasta el punto de que Polibio sitúa entre las causas más importantes (μέγιστα) que explican la maldad de los sublevados –y que en este caso en particular adquieren en su opinión una especial importancia (μᾶλλον)– «los continuos excesos y ambiciones de los jefes»³⁷. Esta preeminencia del individuo sobre la masa queda puesta de manifiesto incluso en la hora de la derrota con la individualización del castigo: en el episodio de La Sierra los mismos jefes que acuden a parlamentar con Amílcar –Espendio y Autárito entre ellos– serán los elegidos por éste como prisioneros a cambio de dejar libres al resto de los rebeldes, y frente a la escueta noticia de la aniquilación de la masa anónima en los diferentes campos de batalla, conocidos son los castigos de Espendio, crucificado ante Túnez, y de Mato, cuyo suplicio rubrica la afirmación polibiana según la cual los cartagineses «castigaron merecidamente a los culpables de la rebelión» (τοὺς αἰτίους τῆς ἀποστάσεως τιμωρήσασθαι καταξίως)³⁸.

V

De hecho, es la acción de estos individuos la que convierte la Guerra Líberica en lo que según Polibio comúnmente se conoce como «guerra sin cuartel» (ἄσπονδος πόλεμος), una denominación que, aplicada únicamente en este pasaje

³⁷ I 70, 4-6; 79, 8. I 81, 10: τὰς αἰεὶ τῶν προεστώτων ὕβρεις καὶ πλεονεξίας.

³⁸ La Sierra: I 85, 3-5. Espendio: I 86, 4-6. Mato: I 88, 5. En su relación causal con la revuelta los protagonistas figuran como αἴτιοι –trátase de los rebeldes como en este caso o incluso de los púnicos por culpa de sus propios errores (I 71, 8: τῶν τοιούτων καὶ τηλικούτων κακῶν αἴτιοι)–, un término que encierra un contenido moral referido al juicio y la intención y que según los casos merece el elogio o, como en éste, el rechazo (Pédech, *op. cit.*, 207), y de ahí la merecida aplicación del castigo (καταξίως). En este sentido, el fracaso del acuerdo de La Sierra traduce en cierto modo la propia convicción polibiana de que aquél resultaba imposible en este caso y marca la diferencia entre las condiciones en las que se desarrolla la Guerra Líberica y las que reflejan el episodio del Sucro y el discurso de León, donde la responsabilidad no recae sobre la masa sino en los individuos que la dirigen (*cf.* XI 26, 3; 29, 12-13; XXI 31, 15).

entre todos los que nos han llegado de las *Historias*, refleja de un modo tan elocuente como acertado las condiciones en las que se desarrolla la contienda, pues no en vano afirma el autor al final de su relato que ésta «superó en mucho a las otras en crueldad y transgresión de las leyes»³⁹. En el origen de esa crueldad se halla la locura agresiva de la propia masa y su manipulación por parte de los cabecillas de la revuelta, factores que intervienen de manera decisiva en los momentos críticos que actúan como jalones a lo largo del enfrentamiento y determinan su evolución. En un primer momento, durante el estallido del motín, se nos habla de ella como un estado que, en su maldad, alcanzan las tropas mercenarias cuando se rebelan (παραστατικὴν λαμβάνειν διάθεσιν), y más tarde caracterizará tanto los desórdenes que se producen tras el prendimiento de Gescón y que desencadenan la sublevación general contra Cartago (τῶν ὄχλων ἀπόνοια) como la posterior matanza de los setecientos prisioneros cartagineses que radicaliza el conflicto y lo convierte definitivamente en una lucha a muerte (τῶν πολεμίων ἀπόνοια)⁴⁰.

En la medida en que definen el comienzo de una etapa nueva y más grave en la escalada de violencia y maldad protagonizada por los rebeldes, cada uno de estos episodios supone un paso adelante en una progresión formulada precisamente en los mismos términos que componen la triple clasificación de los crímenes en ἀσεβήματα, παρασπονδήματα y ἀδικήματα con la que Polibio responde a las críticas que suscita entre los griegos la actitud de Roma para con Cartago durante la Tercera Guerra Púnica⁴¹. Según la definición que de cada una de ellas propone, las nociones de ἀσέβεια, παρασπὸνδῆμα y ἀδικία atentan contra los dioses, los padres y los muertos, contra un juramento o unos acuerdos escritos y contra las leyes y costumbres respectivamente, y si bien Walbank reconoce que el propio autor a menudo no se ajusta a dicha clasificac-

³⁹ I 65, 6. I 88, 7: πολὺ τι τοῖς ἄλλοις ὠμότητι καὶ παρανομίᾳ διειρηνοχότα.

⁴⁰ I 67, 6; 70, 5; 82, 1. Pédech, *op. cit.*, 212, define παραστατικὴ διάθεσις como un estado desorbitado de furor y crueldad rayano en la bestialidad que constituye una auténtica enfermedad, y para Mantegazza, *art. cit.*, 265, ἀπονοία expresa el hecho de hallarse fuera de sí, carente de cualquier facultad mental definida por el νοῦς.

⁴¹ XXXVI 9, 14-15. F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* III, Oxford 1979, 667, recuerda cómo ἀσεβήματα se aplica a las acciones más graves, a menudo matanzas, mientras que παρασπονδήματα alude a las traiciones en general, y aunque sitúa los ἀδικήματα generalmente en el ámbito de las relaciones interestatales –tal y como se observa en el libro III a propósito de la Guerra Anibálica–, el término designa asimismo los delitos de piratas, bandidos y montañeses bárbaros, así como, en una combinación de ambos contextos, los crímenes de los etolios.

ción y que ésta delata una elaboración a medida del contexto donde figura, sin embargo en el relato de la Guerra Líbia la progresión criminal de los sublevados se articula precisamente conforme a una gradación en sentido ascendente de esas mismas categorías que en su respuesta a las acusaciones helénicas Polibio enumera en sentido inverso⁴². En este sentido, los numerosos desórdenes provocados por los mercenarios cuando todavía se hallan concentrados en Cartago son considerados ἀδικήματα, pero tras el estallido del motín tanto el apresamiento de Gescón como los desmanes que le siguen suponen una violación de los acuerdos que habían permitido iniciar el pago de las soldadas y en consecuencia son incluidos en la categoría de παρασπονδήματα, momento éste en el que Polibio aprovecha para denunciar la voluntad perversa que en adelante dominará el comportamiento de los sublevados, nacida de «conjuraciones impías y contrarias a los principios comunes entre los hombres» (συνωμοσίας ἀσεβείς καὶ παρὰ τὰ κοινὰ τῶν ἀνθρώπων ἔθη)⁴³. Asimismo, traición e impiedad definen implícitamente los sucesos de Cerdeña, donde a la deslealtad de los mercenarios allí establecidos y de los que, enviados para someterlos, acaban uniéndose a ellos, se suma el suplicio y la muerte de todos los cartagineses de la isla, así como aquellos otros que más tarde tienen lugar en

⁴² XXXVI 9, 15: ἀσέβημα μὲν γὰρ εἶναι τὸ περὶ τοὺς θεοὺς καὶ τοὺς γονεῖς καὶ τοὺς τεθνεώτας ἀμαρτάνειν, παρασπόνδημα δὲ τὸ παρὰ τὰς ἐνόρκους καὶ τὰς ἐγγράπτους ὁμολογίας πραττόμενον, ἀδικημα δὲ τὸ παρὰ τοὺς νόμους καὶ τοὺς ἔθισμοὺς ἐπιτελούμενον. Recordando la dificultad para definir exactamente sus contenidos, Walbank, *Comm.* III, 668, subraya el componente retórico de esta clasificación, introducida con el propósito de rechazar las acusaciones contra los romanos mediante el argumento de que ninguna de sus acciones halla sitio en las categorías que la integran.

⁴³ I 70, 6. Ἀδικήματα: I 66, 6 y 8. Παρασπονδήματα: I 70, 5; 79, 10. Asimismo Polibio identifica explícitamente estas tres categorías con un atentado contra el conjunto de leyes, costumbres y valores comunes a todos los hombres a propósito de los crímenes de las gentes de Mantinea (II 58, 4 y 6: παρασπόνδημα ... κατὰ τοὺς κοινούς τῶν ἀνθρώπων νόμους; 58, 7: ἀσέβημα ... τὰ κοινὰ τῶν ἀνθρώπων δίκαια παραβάντες), los etolios (IV 6, 10 y 11: ἀδικημα ... οὔτε τῶν κατὰ κοινὰ ὠρισμένων δικαίων παρ' ἀνθρώποις; 67, 4: παρὰ τὰ κοινὰ τῶν ἀνθρώπων ἔθη καὶ νόμιμα a propósito de la destrucción de los templos de Dodona, acciones consideradas ἀσεβήματα en V 11, 1 y ἀσέβεια en 11, 2), los cinetenses retornados del exilio (IV 17, 9 y 11: πίστει τῶν παρ' ἀνθρώποις νομιζομένων τὰς ἰσχυροτάτας ... ἀσεβείας), los cretenses de Cidonia (XXVIII 14, 3 y 4: καθόλου κοινωνίας πάντων τῶν ἐν ἀνθρώποις νομιζομένων δικαίων ... παρασπονδήσαντες) y Asdrúbal durante la Tercera Guerra Púnica (XXXVIII 8, 1: ἀσέβειαν ... παραβεβηκώς τοὺς τῶν ἀνθρώπων νόμους). Vid. J. R. F. Martínez Lacy, «Ἔθη καὶ νόμιμα. Polybius and his Concept of Culture», *Klio* 73.1, 1991, 83-92.

Utica e Hipozarita, ciudades cuya «insensata defección» (ἄλογος ἀπόστασις) transforma su tradicional fidelidad a Cartago en «la cólera y el odio más implacables» (ἀπαραιτήτων ὀργῇν ... καὶ μῖσος) demostrados al traicionar y asesinar a las tropas púnicas enviadas en su auxilio e impedir que sus cadáveres arrojados al foso recibieran sepultura⁴⁴.

Sin embargo ambos pasajes no constituyen sino un anticipo y un eco respectivamente de la ya mencionada matanza que termina con la vida de Gescón y los prisioneros cartagineses. Este episodio se ubica cronológicamente entre los dos anteriores y representa la máxima expresión de la ἀσέβεια de los sublevados y en especial de sus líderes por cuanto en su propósito tanto de evitar las deserciones de su campo como de impedir cualquier acuerdo con Cartago no vacilan en atentar deliberadamente contra las leyes divinas y humanas torturando y asesinando cruelmente a los prisioneros, negando la mínima consideración a los muertos y amenazando la figura sagrada de los heraldos⁴⁵. Así lo denuncia nuestro autor cuando a raíz de estos sucesos tan dramáticos detiene la narración de los hechos y desarrolla por extenso sus propias reflexiones personales para describir el proceso de degeneración que experimentan los rebeldes asimilando los males del alma con las úlceras y los tumores del cuerpo⁴⁶.

⁴⁴ Cerdeña: I 79, 1-7. Utica e Hipozarita: I 82, 8-10.

⁴⁵ I 80, 11-81, 4; Mantegazza, *art. cit.*, 269-270. Polibio comienza el pasaje anunciando la intención de Mato y Espendio de radicalizar la situación con una acción manifiestamente impía (I 79, 8: τὶ τῶν πρὸς ἀσέβειαν ...), tras la masacre los cartagineses envían heraldos «a los impíos» (81, 2: τοὺς ἡσεβηκότας) y el propio autor concluye reconociendo que «ningún ser vivo llega a ser más impío y cruel que el hombre» (81, 7: ὥστε μηδὲν ἀσεβέστερον ἀνθρώπου μηδ' ὀμότερον ἀποτελεῖσθαι τῶν ζώων); cf. XVIII 15, 15-16, donde el género humano es juzgado «el más malvado entre los seres vivos» (πανουργότατον ... τῶν ζώων).

⁴⁶ I 81, 5-11. La analogía entre las enfermedades del cuerpo y las del alma se remonta a la dualidad establecida por el platonismo (Pl., *R.* IV 444 C-E; X 609 B-610 B; *Grg.* 505 A-B), de donde pasa a la Academia (Arist., *EN* III 4, 1113 a 25 sq.; 5, 1114 a 23 sq.) y los estoicos (Epict., *Gnom.* I 5, 4-5), y en XIII 2, 2 nuestro autor echa mano de una conocida imagen que compara al avaro con el hidrópico y se refiere a la avaricia como ἡ ἐν τῇ ψυχῇ κακία; Walbank, *Comm.* I, 145; J. Pigeaud, *La maladie de l'âme. Étude sur la relation de l'âme et du corps dans la tradition médico-philosophique antique*, París 1981. Abundan en las *Historias* alusiones a la diferenciación σῶμα-ψυχή: III 60, 7; IV 8, 7; VI 52, 10; XX 4, 7. De la importancia de este pasaje da idea el hecho de que se trate del fragmento polibiano más extenso entre los relativos a la Guerra Líbica conservados a la vez en las dos colecciones conocidas como *Excerpta antiqua* y *Excerpta Constantiniana*.

Aunque Walbank asocia inmediatamente esta analogía con los movimientos rebeldes en función de su ubicación en un episodio como la Guerra Líbia y de la reaparición del símil de las úlceras a propósito del motín del Sucro, y aun teniendo en cuenta que en ambos pasajes –los únicos entre lo conservado de las *Historias* donde figura esta metáfora– el desarrollo de un trastorno interno que amenaza con destruir al organismo que lo contiene traduce ciertamente un fenómeno de rebelión, sin embargo en el pasaje del Sucro lo que Polibio asimila con las úlceras y las enfermedades del cuerpo por oposición a los peligros externos son las discordias en el seno de una comunidad política o del ejército para, con el ejemplo de aquéllas, dar idea de la dificultad de prevenir y solucionar estas últimas, mientras que aquí el autor recurre a esta imagen para explicar una conducta extremada mostrando cómo, de igual modo que un cuerpo, el alma que gobierna un comportamiento puede experimentar un proceso de degeneración que empuje al hombre a actuar como las bestias⁴⁷.

En este sentido, un término en opinión de Walbank muy del gusto de Polibio es ἀποθηριοῦσθαι, «bestializarse» o «convertirse en bestia», expresión que designa un proceso de degradación moral –y en ocasiones también física– que asimila a los hombres con los animales y que nuestro autor reconoce en el estado del ejército de Aníbal tras cruzar los Alpes, el comportamiento salvaje de los cinetenses, la actitud de la masa cuyos excesos convierten la degeneración de la democracia en el comienzo de una nueva monarquía, la reacción desesperada de quienes ven sus plantaciones destruidas sin remedio por la guerra, la conducta de los etolios y finalmente la absoluta degeneración física y psicológica que manifiesta en su locura Isócrates, de la que el mismo Polibio

⁴⁷ Cf. XI 25, 2-7: τὰ δ' ἐξ αὐτῶν τῶν σωμάτων γινόμενα φύματα καὶ νόσους ... τὸν αὐτὸν δὴ τρόπον καὶ περὶ πολιτείας καὶ περὶ στρατοπέδων. Enmarcada en la más general que relaciona política y medicina –muy extendida entre los autores griegos y a la que Polibio recurre con frecuencia (III 7, 4-7; XII 27, 8-9; XIII 2, 2; XXIX 8, 8; XXXIII 17; frag. 41; cf. XII 26, 6), De Foucault, *op. cit.*, 234-235–, la metáfora que asimila las disensiones en el seno de una comunidad con las enfermedades del cuerpo en general y con las úlceras en particular es común entre estoicos como Crisipo, la encontramos en Demóstenes (IX 50; XVIII 45; XIX 255), Platón (*R.* VIII 564 B-C) y Píndaro (*P.* IV 270-272) y se remontaría a Solón (frag. 3, 17); Walbank, *Comm.* I, 145.

fue testigo en Roma⁴⁸. Pero es el relato de la Guerra Líbica el episodio de las *Historias* donde se concentra un mayor número de menciones, las cuales, junto con las ya señaladas referidas a las nociones de locura, crueldad, injusticia, traición e impiedad, caracterizan los momentos críticos que determinan la evolución del conflicto y en función de los cuales se articula la progresiva degeneración moral de los rebeldes: ya desde el principio Polibio relaciona el estallido del motín con la actitud incorregible de las tropas mercenarias que, dominadas por la ira y el odio, superan la maldad humana y se convierten en fieras, y es precisamente esta condición la que teme Gescón en los sublevados a la vista de los desórdenes que terminan con su detención, la que persiguen los cabecillas al radicalizar el enfrentamiento y la que finalmente alcanzan los rebeldes con las atrocidades que sugieren a nuestro autor la metáfora de las úlceras, pasaje este último donde la acción de ἀποθηριοῦσθαι define a la vez el proceso de degeneración de los tumores del cuerpo y el que asimismo puede afectar a las almas⁴⁹.

En el marco de una tradición que se remonta a Anaximandro y que en Tucídides se manifiesta en la afirmación «todas las cosas han nacido para disminuir», Polibio reconoce a propósito de la sucesión de las constituciones que todo está sometido a la ruina y el cambio (πάσι τοῖς οὖσιν ὑπόκειται φθορὰ καὶ μεταβολή)⁵⁰.

⁴⁸ III 60, 6; IV 21, 6; VI 9, 9; XXIII 15, 3; XXX 11, 5; XXXII 3, 7-8; Walbank, *Comm.* I, 133 y 660; III, 434; A. Mauersberger, *Polybios-Lexikon*, I.1 (α-γ), Berlín 1968 (1956), s.v. ἀποθηριόω. Polibio expresa esta acción asimismo mediante un verbo de cambio acompañado por θηρίον, como en el caso de los compañeros de Filipo II de Macedonia que según Teopompo «se convirtieron en fieras» semejantes a centauros y lestrigones (VIII 9, 13: θηρία γεγονέναι), y la misma carga peyorativa contiene el calificativo θηριώδης, aplicado a la existencia de los etolios (IV 3, 1) y al epirota Cárope (XXX 12, 3: θηριωδέστερος ἄνθρωπος); cf. XV 20, 3; 29, 11. Por contra, en XV 22, 5 y XX 10, 15 el verbo pierde su significado original por el de «irritar» o «enfurecerse», que no alcanza las graves connotaciones de los anteriores.

⁴⁹ I 67, 6; 70, 1; 79, 8; 81, 5 y 9 (cf. D.S. XXV 3, 1). La expresión ἀποτεθριωμένοι τὰς ψυχὰς reaparece a propósito de los etolios (XXX 11, 5), aunque en los pasajes ya mencionados sobre la degradación del ejército púnico y de Isócrates se hace referencia a sus efectos tanto sobre el cuerpo como sobre el espíritu (III 60, 6-7; XXXII 3, 7); cf. D.S. XVII 9, 6 (ἀποθηριωθεὶς τὴν ψυχὴν) y paralelamente D.S. XIX 6, 6 (ἡγριωμένοι τὰς ψυχὰς), App., *Hisp.* 96 (ἡγριωμένοις τὰς ψυχὰς) y Pl., *Lg.* IX 870 A (ψυχῆς ἐξηγριωμένης). De un modo similar, las sacrílegas destrucciones de templos ordenadas por Filipo V y Prusias son consideradas por Polibio «acciones propias de un espíritu rabioso» (θυμοῦ λυττῶντος ἔργα: V 11, 4; XXXII 15, 8).

⁵⁰ VI 57, 1. Anaximandro: DK I 12 B 1. Th. II 64, 3: πάντα ... πέφυκε καὶ ἐλασσοῦσθαι.

Pero si en el caso de aquéllas el proceso resulta inevitable (ἀναγκαίως καὶ φυσικῶς) y halla su origen en causas fundamentalmente internas, en éste que nos ocupa la degradación de las almas constituye un fenómeno ocasional (πολλάκις) cuyo origen el autor sitúa en «unas costumbres perversas y una mala educación desde la niñez» (νομιστέον ἔθη μοχθηρὰ καὶ τροφήν ἐκ παίδων κακὴν) a las que se suman en particular los vicios de los líderes⁵¹. El caso de Cineta muestra la importancia que Polibio concede a la educación como factor de civilización en la medida en que sus gentes representan la excepción entre los arcadios a causa de su salvajismo, motivado en última instancia por el abandono de la práctica musical cuando ésta tradicionalmente se había incluido en la educación de este pueblo como algo imprescindible a fin de «amansar y dulcificar mediante la institución de unas costumbres la rudeza de su espíritu»⁵². Pero si bien en Cineta la situación todavía puede remediarse y sus habitantes recuperar la condición de civilizados mediante el restablecimiento de esa educación musical y la ayuda de la divinidad, sin embargo en el caso de los sublevados contra Cartago Polibio anuncia al comienzo del motín que nada puede «instruir, mitigar y corregir a los culpables cuando estallan brotes de ira, de odio o de sedición» (διδάξαι καὶ πρᾶναι καὶ μεταθεῖναι), y cuando los hechos le dan la razón introduce la metáfora de las úlceras para explicar no sólo el fenómeno sino también su tratamiento⁵³. Según ésta, las

⁵¹ I 81, 7 y 10. Polibio explica la decadencia de las constituciones a partir de un mal inherente (συμφυῆς κακόν: VI 4, 8; cf. 10, 4-7 y 57, 2) que actúa como una plaga congénita (συμφυῆς λύμη) del mismo modo que la herrumbre con el hierro y la carcinoma con la madera (VI 10, 3), una imagen que coincide con la noción platónica de σύμφυτον κακόν o mal congénito presente en todas las cosas por naturaleza (Pl., *R.* X 609 A, donde ambos símiles figuran junto a la oftalmia de los ojos, la enfermedad del cuerpo y el tizón del trigo) y que se remontaría a Antifonte y Empédocles; Walbank, *Comm.* I, 649, 659-660 y 744.

⁵² IV 21, 4: τὸ τῆς ψυχῆς ἀτέραμνον διὰ τῆς τῶν ἔθισμῶν κατασκευῆς ἐξημεροῦν καὶ πρᾶναι. Polibio explica esa rudeza de espíritu atribuyéndola a la influencia que sobre los hombres ejerce el clima y el relieve, que en Cineta son los peores de toda Arcadia, Walbank, *Comm.* I, 465-466. A la vez, la música caracteriza las instituciones de los jóvenes, futuros ciudadanos, y actúa como factor de cohesión de la comunidad junto a las asambleas y los sacrificios (IV 21, 3).

⁵³ IV 21, 5; I 67, 5. En ambos pasajes Polibio utiliza el verbo πρᾶναι, «dulcificar», «amansar», pero también «aliviar» un dolor, y si de Aníbal dice que restableció la salud física y moral de su ejército, como lo haría un médico (III 60, 7), a su vez Escipión

úlceras y los tumores del cuerpo son incurables (τὰ ἔλκη καὶ φύματα ... ἀβοήθητα), y así como limitarse a soportarlos equivale a dejar que prosigan su natural labor devastadora, y aplicarles cualquier tratamiento no hace sino acelerar el proceso, del mismo modo, pero «en un grado mayor» (πολύ), aquéllos que a un trato bondadoso responden con desconfianza y hostilidad, cuando son tratados tal y como ellos actúan con los demás reaccionan radicalizando su comportamiento criminal hasta superar los límites de lo propiamente humano y descender a la condición de las bestias⁵⁴. De hecho, el mismo término que da nombre a la fiera salvaje, θηρίον, pasa a designar en los textos hipocráticos a la úlcera en función de la metáfora elaborada a partir de la similitud existente entre el comportamiento de la primera y el desarrollo de esta última, que devora la parte del cuerpo afectada por ella, y paralelamente, ya desde el siglo V pero sobre todo entre los oradores del IV, el desprecio y la repulsa hacia determinados individuos se plasman en su identificación tanto con las bestias, seres carentes de humanidad y moral, como con males internos que, del mismo modo que una úlcera, resultan perniciosos para la comunidad en la que habitan: tratándose en uno y otro caso de una condición irremediable, no queda otra solución que dar caza a esas fieras y extirpar esas úlceras⁵⁵.

devolvió a los amotinados del Suero «a su estado inicial» (XI 30, 5: τὴν ἐξ ἀρχῆς διάθεσιν): el empleo de términos dotados de un doble significado que permite aplicarlos lo mismo al ámbito médico que a contextos políticos y sociales actúa como fundamento científico que justifica la interpretación polibiana por cuanto le concede una mayor autoridad y credibilidad; Mantegazza, *art. cit.*, 256-257 y 270; Pédech, *op. cit.*, 83.

⁵⁴ Incurables: I 81, 5. Radicalización hasta lo animal: I 67, 6; 81, 9. P. Pédech, *Polybe. Histoires. Livre I*, París 1969, 128, n. 1, subraya las coincidencias existentes entre este pasaje y aquel otro donde Polibio narra los preliminares que en Grecia conducirán a los sucesos de 146, cuando la inicial moderación de Roma sólo sirve para radicalizar las posturas de los griegos bajo la dirección de los líderes más extremistas (XXXVIII 9-13).

⁵⁵ Hipp., *Loc.Hom.* 29; *Coac.* II 458-549; *Ar., Eq.* 273; *Pl.* 439; F. Skoda, *Médecine ancienne et métaphore. Vocabulaire de l'anatomie et de la pathologie en grec ancien*, Lovaina-París 1988. Si Esquilo ya señalaba que en los asuntos de la ciudad y de los dioses hay que conservar lo que está bien pero también «cauterizar» y «amputar» cuando es preciso para alejar «el mal de la enfermedad» (A. 844-850: ἤτοι κέαιντες ἢ τεμόντες εὐφρόνως πειρασόμεσθα πῆμ' ἀποστρέψαι νόσου), Platón compara a manirroto y haraganes con «la flema y la bilis» (φλέγμα τε καὶ χολή) y Demóstenes al sicofanta Aristogitón con «un cáncer, una úlcera, un mal incurable» para la ciudad (καρκίνου ἢ φαγέδαιναν ἢ τῶν ἀνιάτων τι κακῶν), y ambos advierten de la

Con esta analogía Polibio subraya el carácter interno del conflicto, explica la evolución de los hechos hasta ese momento, «demuestra» que cualquier medida que se tome está condenada al fracaso y presenta como única solución posible la absoluta erradicación del mal. Entendida en el marco del método apodíctico con el que el autor argumenta la sucesión de los acontecimientos históricos, la metáfora de las úlceras refleja de este modo «el sentido utilitario, moral y paradigmático» con el que según M. Mantegazza el propio Polibio dota a la narración de la Guerra Líbia, y justifica plenamente la guerra sin cuartel que a partir de entonces Amílcar emprende contra los rebeldes⁵⁶. El recrudecimiento del conflicto impulsado por los sublevados con el brutal sacrificio de Gescón y los prisioneros púnicos y el rechazo de cualquier intento de diálogo ofrecido por Cartago arruinan toda posibilidad de acuerdo que pueda poner fin a la guerra y tornan la benevolencia del general cartaginés para con los rebeldes capturados en una actitud despiadada al comprender que el único desenlace posible (μία λύσις) pasa por la completa aniquilación del enemigo: transformado éste en fiera como literalmente lo demuestran sus propios actos y confirmada en consecuencia la diferente naturaleza de los combatientes, la guerra se convierte en caza hasta el extremo de que esos prisioneros

necesidad de precaverse contra tales peligros o, si ya no es posible, de eliminarlos del mismo modo que un médico extirpa una úlcera (Pl., *R.* VIII 564 B-C; D. XXV 95); J. L. Perpillou, «Quelle sorte de θηρίον fut Démosthène?», *RPh* 59.2, 1995, 263-268. Por su parte, Aristóteles afirma que el arte de la caza forma parte del de la guerra, el cual «debe utilizarse contra los animales salvajes y contra aquellos hombres que, habiendo nacido para obedecer, se niegan a ello (τὰ θηρία καὶ τῶν ἀνθρώπων ὅσοι πεφυκότες ἄρχεσθαι μὴ θέλουσιν), en la idea de que esta guerra es justa por naturaleza (φύσει δίκαιον)» (*Pol.* I 8, 1256 b 12, trad. M. García Valdés, Madrid 1994); cf. *Isoc.* XII 163.

⁵⁶ Mantegazza, *art. cit.*, 260; para Polibio la descripción detallada de hechos violentos sólo se justifica por el valor ejemplarizante del episodio, V. D'Huys, «How to describe violence in historical narrative. Reflections of the ancient Greek historians and the ancient critics», *AncSoc* 18, 1987, 209-250, 231. Tanto el pasaje que describe el estallido del motín como éste de las úlceras –inicio y culminación respectivamente del proceso de ἀποθηρίωσις– comienzan con una exposición teórica del fenómeno para pasar a continuación a una demostración del mismo que enlaza con la primera mediante la expresión «esto sucedió entonces» (I 67, 7: ὁ καὶ τότε συνέβη; 81, 11: ἃ δὲ τότε συνέβαινε). Sobre el método apodíctico, Pédech, *La méthode* ..., 43-52.

hallarán la muerte no en una ejecución convencional sino «arrojados a las fieras», esto es, a los elefantes, para ser destrozados⁵⁷.

VI

Sin embargo, una vez alcanzada esta condición y cuando parece imposible superarla dado su carácter absoluto y último en tanto que resultado final y culminación del proceso de degeneración –tal como el autor se encarga de anunciar en cada una de sus etapas, hasta evidenciarlo con la matanza de los prisioneros, introduciendo junto a cada una de las menciones de ἀποθηριοῦσθαι una indicación explícita al respecto⁵⁸–, la perversión de los sublevados rebasa

⁵⁷ Μία λύσις: I 82, 2. Comportamiento animal: I 80, 10; 11-13; 81, 3-4. Arrojados a los elefantes: I 82, 2; 84, 8. Mantegazza, *art. cit.*, 263 y 270. La visión polibiana podría haber inspirado a Diodoro cuando, a propósito de un debate senatorial sobre la continuación de la guerra contra Aníbal hasta la destrucción de Cartago (XXVII 18, 1-2), este autor niega el perdón para aquéllos que actuaron de un modo cruel e impío y promete la misma gloria que merecen los que acaban con las fieras a «quienes repriman la crueldad de los cartagineses y lo que hay de salvaje en la humanidad» (τὴν Καρχηδονίων ὀμότητα καὶ τὸ θηριῶδες τῆς ἀνθρωπότητος); cf. Plb. XV 17, 3-6; J. L. Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme. Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédonie à la guerre contre Mithridate*, Roma 1988, 405-408. Por contra, y a pesar del comentario polibiano que acompaña a su vuelta a la órbita de Cartago (I 88, 2-4), no parece haber ocurrido así en los casos de Utica e Hipozarita, manifestación implícita y tardía de la metáfora de las úlceras, pues la primera pronto recuperó sus privilegios (VII 9, 5 y 7), Walbank, *Comm.* I, 148.

⁵⁸ A excepción del ejército de Aníbal que tras el paso de los Alpes se recupera gracias a la labor de su general (III 60, 7), el resultado del proceso de degeneración definido por la acción de ἀποθηριοῦσθαι encierra un carácter absoluto y último que asumen implícitamente la degradación de la democracia como etapa final del ciclo constitucional, la destrucción de cultivos e instalaciones que condena toda esperanza, la insuperable perversidad de los etolios o el grado extremo de la locura de Isócrates, pero que es subrayado por Polibio de un modo explícito a propósito de Cineta (IV 21, 6: τέλος ἀπεθηριώθησαν, aunque todavía sea posible remediarlo) y hasta sistemático en el relato de la Guerra Líbera (I 67, 6: ἀποθηριοῦσθαι τὸ τελευταῖον; 79, 8: τέλος ἀποθηριώσειαν; 81, 5: ἀποθηριοῦσθαι συμβαίνει καὶ τελῶς ἀβοήθητα γίνεσθαι; 81, 9: τέλος δ' ἀποθηριωθέντες).

sus propios límites y alcanza su manifestación más extrema con el recurso a la antropofagia, expresión del más elevado grado de barbarie a la que se rebajan para sobrevivir los hombres de Ependio y Autárito bloqueados por Amílcar en el paraje que Polibio denomina La Sierra. Allí, temerosos de una derrota y venganza seguras y conscientes de la imposibilidad de acordar una tregua, los rebeldes prefieren esperar la llegada de los refuerzos prometidos por sus jefes hasta el punto de que, cuando se agotan las provisiones, no vacilan en sacrificar a los prisioneros y los esclavos, y terminan devorándose unos a otros⁵⁹.

Fenómeno ajeno por completo a la condición de civilizado, la antropofagia define entre los autores clásicos la imagen antitética más radical del griego y que más alejada se halla de éste en el tiempo y en el espacio. Por una parte se consideró una práctica característica de pueblos legendarios e incluso de una etapa primitiva de la humanidad, anterior a la introducción de la agricultura y, con ella, de la civilización⁶⁰. Pero en un plano mucho más próximo la antropofagia figura entre las costumbres atribuidas por esos mismos autores a poblaciones contemporáneas consideradas las más salvajes o las más remotas⁶¹. Ejemplo de ambas son los habitantes de Ierne, en opinión de Estrabón «hombres completamente salvajes» (ἀγρίων τελέως ἀνθρώπων) con los que culmina la progresión iniciada con los celtas y continuada por los britanos en virtud precisamente de unas prácticas antropofágicas y sexuales de las que este autor se hace eco aun careciendo de testimonios que las confirmen (οὐκ ἔχοντες ἀξιόπιστους μάρτυρας) y que sin embargo rechaza por fabulosas cuando

⁵⁹ I 84, 9-85, 2. I 84, 12: πᾶν ὑπέμενον ποιεῖν κατὰ σφῶν αὐτῶν.

⁶⁰ Cíclopes y lestrigones representan la inversión de las costumbres civilizadas por cuanto devoran a aquéllos a quienes por contra deberían ofrecer hospitalidad (*Od.* IX 288 sq.; X 116-125), J. Auberger, «Dis-moi ce que tu manges, je te dirai qui tu es...», *REA* 97.3-4, 1995, 461-471, 461-463. A un estadio primitivo de la condición humana en el que se practicaba la antropofagia y del que Démeter habría liberado a los humanos al entregarles los cereales para que los cultivaran aluden Pl., *Lg.* VI 782 B; *Epin.* 974 E-976 C; D.S. I 14, 1; Th. Cole, *Democritus and the Sources of Greek Anthropology*, Londres 1967, 103-104 y 153-154. Cf. *Ath.* XIV 660 e-f.

⁶¹ Como «los más salvajes» (ἀγριώτατοι) son considerados pueblos antropófagos tales como los escitas (*Hdt.* IV 106 sobre los andrófagos; *Str.* IV 5, 4; VII 3, 6; 7 y 9; *Gell.* IX 4, 6) y los aqueos del Ponto (*Arist., Pol.* VIII 4, 1338 b 20; *EN* VII 5, 1148 b 21; *D.H.* I 89, 4), mientras que Heródoto atribuye la costumbre de devorar los cadáveres de los padres a los masagetas (I 216, 2-3), los isedones (IV 26, 1) y a algunos indios (III 38, 4; 99), gentes ubicadas todas ellas en los confines.

Megástenes las atribuye a las gentes del Cáucaso, una actitud que delata su intención de modelar una imagen estereotipada de los pueblos más lejanos basada en su propia percepción etnocéntrica mediante la adjudicación de un grado de barbarie análogo a la distancia que los separa del centro de la ecúmene⁶². Ello explica que la antropofagia sea contemplada como un suceso excepcional cuando tiene lugar entre gentes consideradas civilizadas y que en las escasas ocasiones en las que esto ocurre se la juzgue como una degradación especialmente aborrecible, un crimen odioso contra los hombres y los dioses⁶³. Así como en los diferentes mitos donde se alude al hecho de comer carne humana éste despierta una aversión particular, lo mismo puede decirse de aquellas situaciones históricas donde dicha práctica no hace sino reflejar la extremada crueldad y barbarie de quien la consume voluntariamente o de quien impone semejante tortura a sus víctimas⁶⁴.

⁶² Str. II 5, 8; IV 5, 4; XV 1, 56. Habitantes asimismo de los confines, a los de Ierne Estrabón los juzga «más salvajes» que los bretones (IV 5, 4: ἀγριώτεροι), cuyas costumbres eran a su vez «más simples y bárbaras» que las de los celtas (5, 2: ἀπλούστερα καὶ βαρβαρώτερα) aun cuando estos últimos ya encarnaban «lo bárbaro y extraño» del carácter de los pueblos del norte (4, 5: τὸ βάρβαρον καὶ τὸ ἔκφυλον); cf. Hdt. I 134, 2 y la valoración persa de los demás pueblos, más negativa cuanto más alejados, así como la actitud radicalmente opuesta que recoge F. Marco Simón, «Ἑσχατοὶ ἀνδρῶν: la idealización de celtas e hiperbóreos en las fuentes griegas», *Visiones del Otro. III Semana Canaria sobre el Mundo Antiguo*, (en prensa). Sobre la antropofagia como rasgo característico de lo remoto, basado en rumores sin confirmar y tan fascinante como repulsivo, W. Arens, *The Man-Eating Myth: Anthropology & Anthropophagy*, Nueva York 1979, donde se afirma: «la cuestión significativa no es por qué algunos comen carne humana sino por qué un grupo supone invariablemente que otros lo hacen», *ibid.*, 139.

⁶³ Cuando Darío les pregunta «por cuánto dinero accederían a devorar los cadáveres de sus padres», los griegos responden «que no lo harían a ningún precio» (Hdt. III 38, 3: οἱ δὲ ἐπ' οὐδενὶ ἔφασαν ἔρδειν ἂν τοῦτο). Refiriéndose a las conductas que los estoicos defienden en sus escritos, Sexto Empírico afirma que Crisipo aprobaba la unión sexual entre parientes y la práctica de la antropofagia (ἀνθρωποφαγεῖν) con el cadáver de los progenitores «para que se convierta en una nueva parte de nosotros», costumbres que coinciden con las que Estrabón atribuía a las gentes de Ierne y que según Sexto los filósofos «no osarían poner en práctica a menos que vivieran entre cíclopes y lestrigones» (P. III 246-249, trad. de A. Gallego y T. Muñoz, Madrid 1993).

⁶⁴ El mito recuerda la osadía de Licaón y Tántalo al ofrecérsela a Zeus –episodio este segundo donde sólo una Démeter trastornada llega a probarla–, la crueldad de Tideo y los hijos de Polifonte o las terribles venganzas de Atreo, Harpálice y Procne contra sus respectivos enemigos al servirle a un padre como alimento su propio hijo.

Sin embargo, el recurso a la antropofagia generalmente tiene lugar en situaciones críticas a causa del hambre, a veces en el transcurso de expediciones por regiones desérticas pero sobre todo durante los asedios de ciudades, cuando sus habitantes devoran los cadáveres de los muertos o sacrifican a los inútiles para el combate a fin de alimentarse con su carne⁶⁵. Conocidas son las penalidades sufridas en Numancia y Calagurris, pero si por un lado Valerio Máximo no duda en condenar tales extremos (*nulla est excusatio ... trux pertinacia; execrabilis impietas; nefaria daps*), por otro Juvenal disculpa esta práctica en casos como éstos al considerar lo excepcional de las circunstancias y distinguirlas claramente (*sed res diuersa*) de la crueldad de quienes actúan espontánea y voluntariamente cuando asesinan y devoran a su víctima⁶⁶. Con

Ejemplos históricos de antropofagia por pura crueldad los proporcionan Ptolomeo VIII cuando en la invasión de Judea ordena a sus tropas que se alimenten de carne humana como parte de una estrategia propagandística basada en el terror (I., *AI* XIII 346), los egipcios de Ombos al devorar a uno de sus vecinos de Dendera (Iuv. XV), el tracio Zisemo que obligaba a los padres a comerse a sus hijos (Val. Max. IX 2, ext. 4) o Enante, madre del ministro lágida Agatocles, que amenaza con castigar de ese mismo modo a las mujeres de Alejandría que celebran su dolor (Plb. XV 29, 11-13).

⁶⁵ Expedición de Ciro en Drangiana: D.S. XVII 81, 1; de Cambises hacia Etiopía: Hdt. III 25, 6-7. Estrabón confirma la realidad de esas prácticas en los asedios (IV 5, 4: ἐν ἀνάγκαις πολιορκητικαῖς), y conocidos son los casos de Potidea frente a los atenienses en 430-429 (Th. II 70, 1), Pidna frente a Casandro en 317 (D.S. XIX 49, 4), las ciudades galas durante la invasión cimbria (Caes., *BG* VII 77, 12) y los de Numancia en 133 (App., *Hisp.* 96-97; Val. Max. VII 6, ext. 2; Flor. I 34, 14), Tauromenio en 132 (D.S. XXXIV/XXXV 2, 20), Atenas en 83 (Flor. I 40, 10), Calagurris en 72 (Sal., *Hist.* III frag. 87; Val. Max. VII 6, ext. 3; Juv. XV 93 sq.; Flor. II 10, 9) y Jerusalén en 70 d.C. (I., *BI* VI 199-219), todas ellas asediadas por los romanos, sin olvidar el de Cízico frente a Mitridates en 72 (Plut., *Luc.* 11, 1), donde paradójicamente es el ejército sitiador y no la ciudad asediada quien recurre al canibalismo cuando le son interceptados los suministros.

⁶⁶ Refiriéndose implícitamente a Calagurris y comparando a sus habitantes con los egipcios de Ombos contra los que dirige su ataque, el poeta argumenta la adversidad de la fortuna, la importancia de la guerra, lo desesperado de la situación y la presión del hambre (XV 94-96) para justificar la compasión y el perdón de los hombres, los dioses y hasta de las víctimas (103-106), razones a las que añade la condición bárbara de este *nobilis populus* carente de una educación civilizada que guíase su proceder (106-112), cuando por contra Valerio Máximo esgrimía precisamente esta última razón no para disculpar el recurso a la antropofagia sino para denunciarlo en toda su perversidad al situar esta conducta entre los comportamientos extremados que definen al bárbaro (VII 6 ext. 2 y 3).

todo, resulta monstruoso plantearla siquiera como posibilidad a la hora de enfrentarse a una situación límite: la propia Fides prohíbe a los saguntinos asediados por Aníbal echar mano de un recurso «incluso peor que la muerte» (*vel leto graviora*) para de este modo «prolongar una vida profanada por el mal» (*culpa pollutam extendere lucem*), y el mismo Aníbal rechaza una sugerencia tan eficaz (πρακτικός) como enseñar y acostumar al ejército a alimentarse de carne humana para así garantizar su aprovisionamiento en la marcha hacia Italia (διδάξαι ... τὰς δυνάμεις ἀνθρωποφαγεῖν καὶ τοῦτω ποιῆσαι συνήθεις), mientras que los galos defensores de Alesia terminan entregándose a pesar de considerar preferible a la rendición una idea semejante planteada *libertatis causa* por Critognato en un discurso de «inaudita y bárbara crueldad» (*singularem ac nefariam crudelitatem*)⁶⁷.

Pero en el episodio polibiano de La Sierra ni la realidad se impone a la resistencia irracional como ocurre en Alesia, ni la cordura descarta el recurso a la antropofagia como demuestra el propio Aníbal, y aunque interviene un poder divino (τὸ δαιμόνιον), sin embargo no lo hace para impedir semejante atrocidad, como Fides en Sagunto, sino para conceder a los rebeldes la «recompensa adecuada» (οἰκεία ἀμοιβή) por su ἀσέβεια y παρανομία obligándoles a cometer contra sí mismos un sacrilegio equivalente como es la muerte y profanación de los cadáveres no sólo de los prisioneros y esclavos sino también de sus propios compañeros (πᾶν ὑπέμενον ποιεῖν κατὰ σφῶν αὐτῶν)⁶⁸. La com-

⁶⁷ Sagunto: Sil. II 522 y 524. Alesia: Caes., *BG* VII 77 y 78, 1-3. Ubicado en un pasaje donde a propósito de las acusaciones dirigidas contra Aníbal se alude a la ferocidad (ἀγριότης) de los bárbaros y la crueldad (ὠμότης) de los cartagineses en Italia, el rechazo de esta idea por parte del Bárcida precisamente por lo irracional de la misma permite a Polibio exculparle de los excesos púnicos allí cometidos atribuyéndolos bien al otro Aníbal –Monómaco–, bien a las circunstancias (IX 24). Casio Dión recoge el mismo episodio pero añade los temores de Aníbal a que un día la escasez incluso de los cuerpos de los enemigos les obligue a comerse unos a otros (XIV 57, 3: ἀλληλοφαγία), mientras que Livio en el discurso del cónsul Varrón considera que dicha sugerencia fue llevada a la práctica (XXIII 5, 12: *uesci corporibus humanis docendo*).

⁶⁸ I 84, 10 y 12; cf. 85, 1: ἀσεβῶς. Pédech distingue τὸ δαιμόνιον respecto de τύχη y lo relaciona con la divinidad que castiga los crímenes (XII 12b, 3; 23, 3; XXVII 8, 4; XXXI 9, 4), Pédech, *op. cit.*, 335 y ss.; *Id.*, *Polybe. Histoires. Livre I*, París 1969, 133, n. 1; cf. Walbank, *Comm.* I, 147; *Id.*, *Polybius*, 61-62. Castigo divino es también el que impone Démeter cuando debido al abandono de su culto arruina la fertilidad de Figalea y amenaza a sus habitantes con obligarles a devorarse entre ellos si aquél no es restablecido

binación ἀσέβεια καὶ παρανομία constituye una de las acusaciones más graves entre las formuladas en las *Historias* y a menudo Polibio la dirige contra los comportamientos tiránicos o califica con ella la conducta criminal de los etolios, pero en este caso el crimen contra los dioses y los hombres encierra en sí mismo su propio castigo por cuanto comer carne humana supone la culminación de las impiedades cometidas por los sublevados y, a la vez, el hecho de verse obligados a hacerlo define la sanción que por ello merecen⁶⁹. Si hasta ese momento la metáfora de las úlceras y la consideración del conflicto como un proceso de bestialización los habían asimilado con las fieras y habían denunciado el daño que como tales ocasionaban a los demás, aquí descienden a un estadio todavía más degradado al convertirse en víctimas de sí mismos, pues ni siquiera las fieras llegan al extremo de devorarse entre ellas⁷⁰. Finalmente, ante el peligro que el desánimo de las tropas supone para su propia seguridad, los jefes optarán por hablar con Amílcar, el cual ofrece la libertad sin armas para todo el ejército a cambio de diez hombres: cuando se descubre que los mismos cabecillas son el precio, los rebeldes se creen traicionados al

(Paus. VIII 42, 6: καὶ σ' ἀλληλοφάγον θήσει τάχα καὶ τεκνοδαίτην). Aunque en un ámbito cultural muy diferente, diversos pasajes bíblicos aluden asimismo a la antropofagia como parte del castigo divino que merece la impiedad: *Lev.* 26, 29; *Deut.* 28, 52-57; *II Re.* 6, 28-29; *Jer.* 19, 9; *Lam.* 2, 20; 4, 10; *Bar.* 2, 3; *Ez.* 5, 10; cf. I., *BI VI* 199-219 en relación con V 376-419, esp. 395; M. Ibarra Benlloch, «Un caso de antropofagia: María, hija de Eleazar (I. *BI VI* 201-213 apud EUS. *HE III* 6.20-28)», *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. VI: *Historia y Arqueología*, Madrid 1998, 147-151.

⁶⁹ Walbank, *Comm.* I, 147. Aplicada a los etolios: IX 33 4; XVIII 54, 10. A las tiranías: II 59, 6; VIII 8, 4; XIII 6, 4; XXIII 10, 2; XXIII 17, 12; XXX 12, 2; XXXVIII 13, 8; E. Lévy, «La tyrannie et son vocabulaire chez Polybe», *Ktèma* 21, 1996, 43-54.

⁷⁰ Apiano se limita a asimilar con las fieras a los asediados de Numancia (*Hisp.* 96: ἡγριωμένοις μὲν τὰς ψυχὰς ὑπὸ τῶν τροφῶν, τεθριωμένοις δὲ τὰ σώματα ὑπὸ λιμοῦ) y Silio Itálico a equiparar el propósito de los saguntinos con la dieta de aquéllas (II 522-523: *saevaeque ferarum attemptare*), pero Valerio Máximo afirma que las gentes de Calagurris las superan en ferocidad (VII 6, ext. 3: *cum omne serpentum ac ferarum genus comparatione sui titulo feritatis superarit*) y Juvenal, que distingue entre hombres y bestias en función del alma, la razón y los sentimientos que la Naturaleza concedió a los primeros para progresar hacia la civilización, reconoce a continuación que entre las fieras los animales de una misma especie no se matan entre sí (XV 159-164: *parcit cognatis maculis similis fera*).

presenciar la captura de sus jefes, se lanzan a las armas y comienza una carnicería donde cuarenta mil rebeldes son aniquilados⁷¹.

La demostración de la teoría expuesta poco antes a través de la metáfora de las úlceras se plasma así en la que es la última gran victoria personal de Amílcar, pues si bien los sublevados aún tendrán ocasión de demostrar su crueldad con el suplicio y muerte de Aníbal en Túnez y todavía se sucederán algunas victorias púnicas hasta la conclusión del conflicto, a partir de este momento y hasta el final de la guerra el relato se convierte en una crónica extremadamente sucinta que condensa en los tres capítulos restantes los nuevos éxitos púnicos, el fracaso ante Túnez, la cooperación entre Amílcar y Hannón, una serie de victorias parciales que culminan con la decisiva en campo abierto de la que nada sabemos, la conclusión definitiva de la guerra y el epílogo representado por la anexión romana de Cerdeña. Tal vez Polibio actuó de este modo condicionado por su propia fuente de información, pues resultaría muy probable que, tras exponer de manera casi minuciosa los éxitos personales de Amílcar desde Mácara hasta La Sierra, a partir del sospechoso episodio de Túnez –donde llama la atención su insistencia en justificar la tardanza de su héroe en auxiliar a su malogrado colega Aníbal– el autor filobárcida de la misma hubiera mostrado muy poco interés por su colaboración con Hannón y por una victoria final posiblemente compartida, e incluso se ha apuntado asimismo el cansancio que habría provocado en nuestro autor una distribución desequilibrada del material dentro de lo que en realidad no era sino la introducción de su obra histórica propiamente dicha, lo que le habría impulsado a sintetizar apresuradamente las informaciones todavía pendientes⁷². Sin por ello descartar ninguna hipótesis, un tercer factor contribuye a explicar tal proceder. Como hemos

⁷¹ Más allá del ejemplo de *fides Punica* que algunos autores han visto en la acción de Amílcar (De Sanctis, *op. cit.*, 381-382; Walbank, *Comm. I*, 147), Polibio se permite jugar de un modo irónico con la reacción de los mercenarios cuando se consideran traicionados (I 85, 6: παρεσπονδῆσθαι), precisamente ellos, que habían violado todas las leyes humanas y divinas.

⁷² El hecho de que en la victoria final participasen los dos generales –medida impuesta por el senado púnico a raíz del fracaso de Túnez– explicaría que el autor de la fuente filobárcida utilizada por Polibio hubiese decidido limitarse a registrar el hecho y omitir cualquier detalle (I 87, 7-10) para así, desde su punto de vista, no restar mérito a Amílcar reconociendo una colaboración que cedería parte del mismo a quien era su rival más enconado, Gómez de Caso, *op. cit.*, 310, n. 29; 312, n. 43. Sobre los sucesos de Túnez (I 86, 2-9): *ibid.*, 297, n. 84; 305-308; Loreto, *op. cit.*, 182-183. Sobre el posible «cansancio» de Polibio, Loreto, *op. cit.*, 188, n. 21.

podido comprobar, Polibio desarrolla su discurso en función de los momentos clave que jalonan el conflicto y determinan la evolución del mismo: los desórdenes iniciales, el estallido del motín, la rebelión generalizada y la radicalización de la guerra. Una vez analizado el fenómeno y apuntada la única solución posible mediante la formulación de la metáfora de las úlceras, tan sólo resta confirmar la validez de aquélla mostrando su aplicación práctica en un episodio como el de La Sierra, manifestación suprema y más abyecta de la degradación y locura de los sublevados que permite a nuestro autor descubrir nuevos extremos de degeneración cuando ello parecía imposible y terminar de justificar el aniquilamiento de semejante enemigo. La metáfora de las úlceras se revela de este modo como la auténtica clave del relato por cuanto a los ojos del autor traduce fielmente la evolución del conflicto y el proceso paralelo de bestialización de los sublevados y, a la vez, dicta la solución considerada adecuada para ambos fenómenos. Completados el panorama y el mensaje que se había propuesto transmitir, a Polibio no le quedaba sino concluir el relato de los hechos tan brevemente como había proyectado en la introducción e incorporar a modo de epílogo la anexión romana de Cerdeña con vistas a enlazar con acontecimientos futuros y más importantes y así ver alcanzado el doble propósito que le había impulsado a introducir la narración de la Guerra Líbia en sus *Historias*.

RESUMEN

El retrato polibiano de los sublevados contra Cartago durante la Guerra Líbia (una masa heterogénea y desordenada que, manipulada por sus líderes, llega a comportarse como las bestias) constituye una elaboración personal de los caracteres que tradicionalmente definen al bárbaro por parte de un autor que ve en dicho conflicto una combinación de sus aversiones más destacadas en tanto que ciudadano, político y soldado griego.

ABSTRACT

Polybius' portrait of the rebels fighting against Carthage in the Libyan War (pictured as a mixed and riotous mass, later stimulated by their leaders and finally showing an animal behaviour) is a personal elaboration of the barbarian's features made by an author who looks at this conflict as a combination of his most conspicuous fears as a Greek citizen, statesman and soldier.